

Señor...

¿dónde está mi hijo?

Las otras víctimas del aborto

Presentación

“La familia, “patrimonio de la humanidad”, constituye uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos. Ella ha sido y es escuela de la fe, palestra de valores humanos y cívicos, hogar en el que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente. Sin embargo, en la actualidad sufre situaciones adversas provocadas por el secularismo y el relativismo ético, por los diversos flujos migratorios internos y externos, por la

pobreza, por la inestabilidad social y por legislaciones civiles contrarias al matrimonio que, al favorecer los anticonceptivos y el aborto, amenazan el futuro de los pueblos”. Son palabras del Papa Benedicto XVI en Brasil, al inaugurar la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

En efecto, ninguna época del mundo ha pasado por la tragedia universal que hoy vivimos con el aborto. Nunca tantos hombres y mujeres han muerto tan injustamente sin poder gozar de la creación que Dios nos ha regalado. Nunca en la historia humana el hombre había olvidado con tanta fuerza como en el tiempo actual que *“la vida humana es sagrada, porque desde su inicio es fruto de la acción creadora de Dios y permanece siempre en una especial relación con el Creador, su único fin. Sólo Dios es Señor de la vida desde su comienzo hasta su término; nadie, en ninguna circunstancia, puede atribuirse el derecho de matar de modo directo a un ser humano inocente”* (CDF, instr. “Donum vitae” intr. 5).

Nunca tampoco, en forma tan generalizada y arbitraria, esas matanzas de inocentes habían sido impulsadas por leyes de los hombres que contradicen la ley de Dios. *“Desde el siglo primero, la Iglesia ha*

afirmado la malicia moral de todo aborto provocado. Esta enseñanza no ha cambiado; permanece invariable. El aborto directo, es decir, querido como un fin o como un medio, es gravemente contrario a la ley moral”, sigue enseñando invariablemente el Magisterio de la Iglesia, haciéndose, en esta materia, como una voz que clama en el desierto. El aborto es una de las expresiones más fuertes del “desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. Por eso, los tesoros de la tierra ya no están al servicio del cultivo del jardín de Dios, en el que todos puedan vivir, sino subyugados al poder de la explotación y la destrucción”. “Cuando una ley positiva priva a una categoría de seres humanos de la protección que el ordenamiento civil les debe, el Estado niega la igualdad de todos ante la ley. Cuando el Estado no pone su poder al servicio de los derechos de todo ciudadano, y particularmente de quien es más débil, se quebrantan los fundamentos mismos del Estado de derecho. El respeto y la protección que se han de garantizar, desde su misma concepción, a quien debe nacer, exige que la ley prevea sanciones penales apropiadas para toda deliberada violación de sus derechos”. (CDF, instr. “Donum vitae” 3).

Tras la tragedia del aborto, quedan caídos por el camino, como aquel personaje maltrecho y herido que fue auxiliado por el buen samaritano, cientos de miles de mujeres, de familias, de jóvenes, que sufren en su alma algo tan fuerte como lo que han sufrido en su cuerpo: los sentimientos de haber quitado la vida a un inocente que, tarde o temprano, aparecen en la vida de las personas que han consentido en hacerse un aborto o han sido inducidas a ello. Un sentimiento cruel, que no deja de acompañar con dolor a esas personas. Es necesario entonces detenerse, dejar la propia cabalgadura -mis cosas, mis problemas, mi tiempo libre, mis aficiones o mis caprichos- y auxiliar con eficacia espiritual –los sacramentos y consejos espirituales- y humana –la ciencia psicológica a esas personas, llevarlas a la posada –la amistad y reconciliación con Dios– curar sus heridas con la caridad, la comprensión y el cariño, y luego mostrarles la belleza de la vida y del amor de Dios por todas sus criaturas, ese Dios Padre, que nos ama como hijos y que siempre está

dispuesto al perdón, a la misericordia y a olvidar nuestras ofensas.

Ésta es, en pocas palabras, la finalidad del Proyecto Esperanza, que con la gracia de Dios ha dado sus primeros pasos formales en nuestra diócesis de San Bernardo y desde aquí se extenderá –como lo viene haciendo– a otras diócesis y luego a otras naciones. Es una manera moderna y fuerte de vivir la parábola del Buen Samaritano. Por eso, mis manos no tienen sino que bendecir esta iniciativa, y mis palabras quieren convocar a muchos a detenerse en su caminar –quizá tranquilo y sin sobresaltos– para encontrar a Cristo en quienes han sufrido el más grave mal que afecta hoy a los hombres y mujeres que pueblan la tierra.

Que Dios nuestro Señor y su Madre del cielo bendigan esta maravillosa iniciativa, de la cual dan cuenta los diversos artículos y testimonios que recoge este libro.

Acompañamiento post-aborto

15 de septiembre de 2007, Fiesta de Nuestra Señora de los Dolores.

Juan Ignacio González Errázuriz
Obispo de San Bernardo.

Somos la semilla del día que comienza

Historia del Proyecto Esperanza

El Proyecto Esperanza nació en Chile en el seno de un grupo de personas que trabajábamos en la labor pro vida de ayuda a las mujeres embarazadas en dificultades, orientada a salvar la vida del niño por nacer, y a raíz de la sorpresa e impotencia que sentíamos cuando acudía a pedir ayuda una mujer o un hombre que, hasta con lágrimas en los ojos, manifestaban la necesidad de saber cómo sobrellevar el dolor insoportable de recordar al hijo que no estaba y cómo poder conversar de este dolor que, muchas veces, nunca antes habían compartido, a pesar de los años que ya tenía el aborto. El nombre Proyecto Esperanza nació al considerar el impacto que provoca el Síndrome Post Aborto en sus víctimas. Nació también de la preocupación por ayudar a sopesar y luego a sanar al que ha sufrido en soledad el trauma del aborto, de modo que pueda enfrentar este dolor y dar un nuevo sentido a la vida. Sin que existiera en Chile una experiencia previa de atención post aborto, eran necesarias ciertas condiciones básicas para iniciar el Proyecto. A través de Dan Zeidler, presidente de Family Life Council y representante de la Alianza Latinoamericana para la Familia (ALAFA) en Estados Unidos, poseíamos información de la experiencia de acompañamiento post aborto iniciada por Vicky Thorn en Milwaukee, en 1984, llamada Proyecto Raquel, y que se ha extendido a todas las diócesis de este país. En este proyecto se inspira el Proyecto Esperanza. Pero, además, era necesario contar con especialistas en el tema y con la iluminación de quienes conocen este dolor. Sin duda, quien ayudó a allanar este inicio fue el Padre Mario Romero, en ese momento Director Nacional del Movimiento de Schoenstatt, cuyas palabras nos guiaron a descubrir el querer de Dios y la ternura de la Santísima Virgen quien,

desde su pequeño Santuario, preparaba una misión para confortar los corazones heridos por el dolor del aborto.

Poco después, la presencia del Dr. Pablo Verdier, psiquiatra uruguayo, experto internacional en el Síndrome Post Aborto, se convirtió en nuestro segundo gran impulsor. Así nació en Chile, en 1999, a partir de un grupo de profesionales laicos, asesorados y acompañados por sacerdotes del Movimiento Apostólico de Schoenstatt, y a la sombra del Santuario de Nuestra Señora Tres Veces Admirable, el Proyecto Esperanza, cuyo nombre es un camino de reconciliación y de perdón al Encuentro del Amor y la Misericordia de Dios.

Pronto se unió a nuestro esfuerzo el trabajo en México de Mari Carmen Alva, del Instituto de Rehabilitación de la Mujer que ha Abortado (IRMA). Con él, y a partir de la traducción del texto Post Abortion Syndrome - A Therapy Model for Crisis Intervention, de la norteamericana Nola Jones, realizada por Ulrike Baader y M. Elena Kretschmer –cuyos conceptos se han tratado de adaptar a la realidad latinoamericana-, se inició formalmente nuestra labor en Chile, que consistía en un proceso de acompañamiento pastoral a mujeres, a hombres y a familias víctimas del aborto.

Esta labor ha unido voluntades, esfuerzos y, sin duda, la fe absoluta en la Divina Providencia. Es necesario reconocer la confianza y perseverancia de las personas comprometidas en la causa, como Adriana Avendaño, Cecilia Cuevas, María Elena Kretschmer, Ulrike Baader, Raúl Díaz, como también la experiencia y conocimientos del Dr. Pablo Verdier, del Dr. Alejandro Serani y de Leonardo Bruna, que nos prepararon a iniciar esta labor. En este caminar, ha sido también fundamental la colaboración del Padre Jaime Ochagavía, la del Padre Carlos Cox y la del Padre Juan Pablo Rovegno, sacerdotes de Schoenstatt.

Sin duda alguna, el aborto es una de las más dramáticas experiencias que puede sufrir una persona. El aborto destruye al nuevo ser formado dentro del vientre de la madre y deja un profundo vacío en la mujer, que manifiesta, de manera dramática, que la maternidad es un proceso irreversible que sólo se cura cuando la madre se reencuentra espiritualmente con su hijo.

El Proyecto Esperanza se preocupa de la segunda víctima del aborto, la madre. La meta es ayudarla a que acepte su dolor, reconociendo la muerte del hijo –actitud muchas veces bloqueada por el mecanismo de defensa de la negación–, pues sólo desde allí podrá alcanzar la reconciliación y la paz. Esta aceptación se logra con la ayuda de profesionales capacitados, tanto sacerdotes como seculares, y a través de un enfoque pastoral de acogida, comprensión y confidencialidad, que busca facilitar el proceso de reencuentro con el hijo.

“Esperanza” es también un acompañamiento que se extiende a los hombres y a las familias que han experimentado la pérdida de un niño antes de nacer, especialmente por un aborto provocado.

El 25 de marzo de 2006, Monseñor Juan Ignacio González, Obispo de San Bernardo, otorgó personalidad Jurídica Canónica a la Corporación Proyecto Esperanza. El primer Directorio responsable de esta cruzada en Chile estuvo constituido por Adriana Avendaño, Ulrike Baader, M. Elena Kretschmer, Jorge Reyes y Elizabeth Bunster. Estas personas han asumido además la labor de extender el Proyecto no sólo dentro del país, sino hacia otras naciones latinoamericanas, de manera de resguardar esta región como Continente de la Esperanza y de la Vida, como la llamó S.S. Juan Pablo II.

Agradecemos especialmente a tantas personas que nos han confiado su dolor, nos han permitido acompañarlas y han compartido con nosotros testimonios que han llenado el corazón de esperanza a muchas otras mujeres, a través de palabras como las siguientes:

“Padre Dios..., me has dado la gran oportunidad de mí vida, el poder mirar de frente esa etapa dolorosa que viví, con una mirada que ha ido cambiando con el correr de estos meses en que he pasado desde la angustiada ansiedad a la añorada calma, y donde he trabajado, por primera vez, la ausencia de mí hijo que no nació. Confío en ti y en tu infinita misericordia. Sé que estas a mi lado, contento, porque yo estaba perdida y me has encontrado, rodeándome de nuevas sensaciones que hacen de mí una mejor persona”.

Hay grupos que niegan que el aborto tenga consecuencias en la mujer, en

el hombre, hasta en los familiares... Hay otros que sólo recientemente, y a raíz de los avances en el estudio del Síndrome Post Aborto, se han abierto a considerar la protección de la vida, no sólo mirando la vida del bebé no nacido, sino también la vida de su madre, que “*nunca va a ser lo mismo*”, como dice Vicky Thorn, fundadora del Proyecto Raquel.

Tanto antes como después del aborto, la mujer puede sentir ansiedad, miedo, culpabilidad y pánico, percibiendo las circunstancias que rodean su embarazo como una presión y una supuesta amenaza a su estabilidad personal. Esta presión la conduce a buscar en el aborto una solución, más aún cuando el medio le señala que “ella decida” y que la apoyará, cualquiera sea su decisión. Esta situación es suficiente para que se sienta sola y no encuentre, en quienes la rodean, el apoyo radical para acoger al hijo, como lo sentiría si oyera una felicitación o se le ofreciera ayuda para salir adelante con este hijo.

Sensación de vacío, ansiedad, soledad, remordimiento, sentimientos de culpa, rabia, dolor, un profundo daño en la autoestima, depresión y hasta intentos de suicidio, desajuste en la relación con la familia y demás personas, son sólo algunos de los síntomas del Síndrome Post Aborto en la mujer. Una mujer joven, que participó en los inicios del Proyecto de Esperanza, cuenta su experiencia:

“Hace un tiempo, cuando yo pensaba en mi vida, la dividía en dos: antes y después de el aborto. Antes del aborto, mi vida estaba llena de proyectos, colores y sueños; después del aborto fue como si una luz se hubiese apagado

y los sueños y proyectos ya no pudieran ser pensados por mí. Sentía que no me merecía nada, ni siquiera seguir estando viva. Es como si mi vida se hubiera llenado de oscuridad, desolación y dolor, y las palabras amor, felicidad, alegría y familia hubieran sido arrancadas de mi vocabulario y de mi corazón. Después del aborto, caí en la desesperanza. Mi vida se transformó en una desesperanza y yo me encargué, en gran medida, de que así fuera, ya que si alguien me quería entregar su amor o su amistad, yo misma me alejaba de esa persona, ya que tenía un miedo enorme de hacer sufrir y de que me volvieran a hacer daño.

Ahora, al mirar atrás, todo parece tan lejano, como si hubiera pasado hace

mucho tiempo. En realidad, el poder ver todo mi pasado, mi historia de vida, el ser capaz de mirar hacia atrás, se lo debo al Proyecto Esperanza, ya que, con todo el tiempo que estuve en él, pude recuperar muchas cosas muy importantes para mi vida. Una de ellas es creer que nada ocurre porque sí, y que detrás de cada cosa que pasa está la mano de Dios. Haber conocido el Proyecto no fue casualidad, fue porque Dios quería que ocurriera. Sin embargo, en un comienzo fue muy difícil ya que me significó mostrar el secreto, volver a abrir la herida que yo justamente intentaba cerrar y olvidar.

El Proyecto Esperanza cambió mi vida. Cuando comencé a asistir, fue tremendamente doloroso, ya que volvíeron miedos e inseguridades. Uno de ellos era confiar, mostrarme frágil y con un dolor tan grande por dentro, que ni siquiera podía llorar. Con todo esto fue precisamente con lo que llegué el primer día de sesión. Sin embargo, con el correr del tiempo, poco a poco fui recuperando algo dentro de mí. Fue como si una luz se comenzara a encender y me empezara a iluminar por dentro, como si algo comenzara a tener vida nuevamente. Y esa vida se llama Felipe. El recuperar a mi hijo y sentirme por primera vez su madre, me hizo volver a vivir por dentro, a recuperar el sentido de vivir, el cual había perdido con el aborto”.

Algunos beneficios que ofrece el Proyecto Esperanza son: educación sobre el Síndrome Post Aborto; poder determinar cuáles son los conectores personales del aborto; alcanzar la liberación del dolor emocional y de la rabia reprimida; restaurar las relaciones rotas con uno mismo, con los demás y con Dios; establecer una relación sana con el niño que no pudo nacer y aprender herramientas de autoayuda.

En la primera etapa, es necesario que la persona pueda contar toda su historia, reconocer quién era antes del embarazo y luego, identificando el dolor, que asuma el impacto que tiene el aborto en su vida: “*Me siento con un delito no juzgado y que no fue sancionado. Pero yo misma me juzgo y me condeno”.*

Se la ayuda a descubrir cuáles fueron las influencias que recibió para abortar: “*Me acerqué a mi madre para contarle de mi embarazo y me dijo que tenía que terminar con él, pues con mis dieciocho años, mi vida terminaba con esto, no había futuro”.*

“Mi pareja arregló todo para el aborto. Dijo que un hijo estorbaba nuestros planes. Una vez que me hice el aborto, él desapareció”.

El momento del aborto se vive también de diferentes maneras: *“Era como si fuera otra persona, una máquina que decía sí a todo lo que pedían. Lo único que quería era que terminara luego”.*

Junto con el dolor, aparecen las rabias con las personas, con Dios y con uno mismo: *“Durante el aborto, mi familia me acompañó en la consulta del médico. Después que volvimos a casa, nunca nadie, en todo este tiempo, me ha preguntado cómo me he sentido. Es como si nunca hubiera ocurrido. Lloro siempre a escondidas y no quiero estar con ellos”.*

Un padre de un bebé abortado contó: *“No fui capaz de detenerla para que no se hiciera el aborto. Me quedé callado por temor a perderla y lo que perdí fue la posibilidad de estrechar a mi hijo en los brazos”.*

El dolor de la mujer es continuo: *“Le dije a mi hijo que lo defendería de todos, y no cumplí. Fui tan cobarde y ahora, por mucho que llore, nadie me lo va a devolver. Soy una espectadora frente a las imágenes del pasado... ya no puedo retroceder”.*

Irradiación renovadora desde el Santuario de Bellavista a otros lugares

En la actualidad, esta labor de ayuda se lleva a cabo en Chile en la Diócesis de San Bernardo, en la Arquidiócesis de Santiago, en Coyhaique (XI Región), y se está iniciando en la Arquidiócesis de Concepción.

En Santiago, hay varios puntos de atención. Además del Santuario de Bellavista en La Florida, está la Vicaría para la Familia del Arzobispado de Santiago, la Vicaría de la Familia de San Bernardo, Fundación Casa de la Familia, la Parroquia San José Benito Cottolengo de Cerrillos y la Unidad de la Familia de la Corporación Municipal de Puente Alto.

Con apoyo de la Alianza Latinoamericana para la Familia (ALAFa) y del Family Life Council, el Proyecto se ha ido dando a conocer en otros países de América Latina. De este modo, por contacto con ALAFa, y por el interés manifestado por el Sr. Carlos Garcés del Comité del

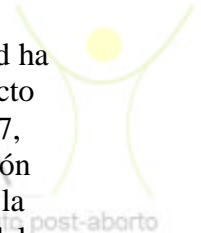
Laicado del Arzobispado de Guayaquil, se inició en 2004 un proceso de sensibilización, motivación y capacitación dirigido a un grupo de personas del Ecuador. Esta capacitación fue apoyada por el Padre Alfonso Avilés, de la Parroquia Santa Teresita quien, a partir del I Congreso Nacional por la Vida y la Familia, en marzo de 2007, fue nombrado capellán en Guayaquil del Proyecto Esperanza. Monseñor Antonio Arregui, Arzobispo de Guayaquil, reconoció oficialmente el Proyecto como un servicio pastoral de la Arquidiócesis.

Por otra parte, la experiencia chilena presentada en el II Congreso Internacional Provida de Perú, en noviembre de 2005, motivó a varias personas y, por solicitud de Monseñor Kay Schmalhausen, a inicios de 2006, en la Universidad Católica San Pablo de Arequipa, fueron capacitados sesenta y cinco profesionales de distintas disciplinas, provenientes de diversas localidades del sur del Perú. La Universidad ha nombrado a la Sra. Neldy Mendoza como la coordinadora del Proyecto dentro de su Instituto de Matrimonio y Familia en Arequipa. En 2007, se extendió este servicio a la ciudad de Lima, mediante la capacitación de nuevos voluntarios. Muy pronto, se realizará una capacitación en la ciudad de la Paz, en Bolivia, solicitada por la Comisión de Familia del Episcopado de ese país. Se proyecta también realizar una capacitación en Centro América, solicitada y apoyada desde Nicaragua, Costa Rica y Honduras.

Podemos decir que el Proyecto Esperanza es una semilla del día que comienza, pues tenemos el convencimiento de que estamos rescatando a una persona de un abismo de dolor y de vacío, para conducirla a reencontrarse con el Amor y la Misericordia de Dios, que devuelven la paz a su vida. De este modo, podemos hacer realidad las palabras del apóstol de la Vida, Juan Pablo II, en su mensaje a aquellas mujeres que han pasado por la triste experiencia del aborto: *“Ayudadas por el consejo y la cercanía de personas amigas, podréis estar con vuestro doloroso testimonio*

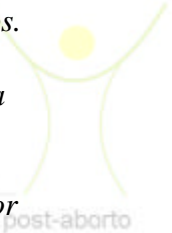
entre los defensores más elocuentes del derecho de todos a la vida”.

Creemos que el Proyecto Esperanza materializa estas sabias y acogedoras palabras, que hoy se proyectan en las líneas pastorales para toda la



Iglesia de América Latina y en las líneas pastorales del Documento de Aparecida que, en relación a este tema, señala: *“Apoyar y acompañar pastoralmente y con especial ternura y solidaridad a aquellas mujeres que han decidido no abortar, y acoger con misericordia a aquellas que han abortado para ayudarlas a sanar sus graves heridas y para invitarlas a ser defensoras de la vida. El aborto hace dos víctimas: por cierto el niño, pero también la madre”*. (nº 469)

Muchas mujeres, porque han vivido el Proyecto Esperanza, son ahora manifiestas partidarias de la vida y llevan en su pecho la esperanza. *“Creo que “Esperanza” tiene el nombre perfecto. No pudo ser otro, ya que constituye una esperanza, un período de reflexión, de hallar respuestas que alivian el alma, de aceptación, de perdón, de encuentro con la parte espiritual que nos va acercando al hijo no nacido. Durante estos meses, he logrado establecer un diálogo conmigo misma y más cercano con Dios. Cada una de las reuniones estaba llena de desafíos, muchos de ellos tremendamente dolorosos, pero que me permitieron encontrar una salida a años y años de angustia. El ir mirando desde afuera, con la compañía de Elizabeth y del padre Juan Pablo, me hizo posible pasar cada una de estas etapas de manera tal que saliera fortalecida en vez de dañada y, por sobre todo, ayudó a que fuera conociendo, tomando paulatino contacto con mi hijo que, si bien es cierto siempre ha estado en mí, yo no le otorgaba ese lugar. Hoy, al hacerlo presente, siento un descanso, una alegría y paz interior no imaginados. Me siento hasta físicamente bien, y esto, por cierto, es un reflejo de lo reconfortada que estoy espiritualmente. Mis visitas al Santuario constituyen ya una necesidad. Me siento plena caminando por sus jardines, conversando con la Mater, abriéndole mi corazón. Siento que el paso de estos meses ha constituido en mí una experiencia de vida, un regalo que agradezco a Dios, como le agradezco haberme elegido para mostrarme este Proyecto Esperanza, por haber conocido a Elizabeth y al Padre que generosamente han dedicado su tiempo, compañía, oraciones y cariño a mí y a mi hijo José Pablo. Todo esto me hace sentir tan afortunada, que puedo mirar la vida con otra cara, con otros ojos que hacen de mí, como se lo dije a Dios en la carta, una mejor persona, y eso pudo entregarlo a quienes están conmigo y, principalmente, hacer concreto a mí*



hijo, con mi amor, todo el tiempo que yo tenga de vida. De todo corazón, deseo que este Proyecto esté cada vez más apoyado y extendido, y que nuevas y generosas personas se sumen a este acompañamiento que tantas personas desconocen y necesitan para vivir más cerca de Dios, de sus hijos y de la paz interior que nos lleva a ser más felices”.

Nuestra misión es un desafío para estos tiempos, de conquistar los corazones de muchas familias para una renovación en el Amor de Dios, y así infundir esperanza para la vida y el mundo, de manera de establecer una Cultura de la Vida que reconozca el grave daño humano y social que provoca el aborto, *“que destruye la base misma de la sociedad”*. (S.S. Juan Pablo II)

Sólo en la pequeñez de sus instrumentos se reconoce la grandeza y bondad de Dios. El haber hecho realidad nuestro Proyecto, se lo entregamos como una obra para Su Honor y Gloria.

A la Reina, a la Santísima Virgen María, quisiéramos que, desde su pequeño Santuario se levantara un canto de gratitud. Ella es la fuente para superar nuestras falencias y el impulso para ofrecernos, con el alma encendida, a caminar hacia las altas cumbres donde llevaremos nuestro ideal de fomentar la Cultura de la Vida. Nuestra confianza está escrita en las palabras de un padre y profeta, el Padre José Kentenich, Fundador de Schoenstatt: *“Con María, alegres por la esperanza, seguros de la Victoria, hacia los nuevos tiempos”*.

Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo.

Te adoramos, Jesús, que has sufrido en la Cruz por nosotros.

Elizabeth Bunster Chacón.

Mi testimonio

Relato de una fundadora del Proyecto Esperanza

La experiencia más cruel que pueda vivir un ser humano es la de abortar a un hijo. Sentir la culpa, el remordimiento, la soledad, la amargura y la frustración, buscar respuestas a tantas preguntas y no encontrarlas o, más bien, no querer enfrentarse a ellas. Tener la necesidad de abrazar al hijo, de verlo crecer, sufrir el dolor de no tener un lugar dónde dejarle una flor... Esto es lo que viven tantos hombres y mujeres que han provocado la muerte de un hijo. Sólo el encuentro con la fe y, a través de ella, y con la Misericordia infinita de Dios, vivir cada día Su perdón y así reencontrar de manera espiritual al hijo perdido, es lo que da la fortaleza para seguir viviendo con la seguridad de que existirá el abrazo que tanto se añora.

Decidí escribir este testimonio, pensando en la ayuda que pueda significar para muchas personas que sufren tras haberse practicado un aborto, y para los muchos sacerdotes a quienes les toca acoger su arrepentimiento. Quizás estas páginas puedan ofrecerles una alternativa de ayuda o, al menos, les indiquen dónde encontrarla.

Nunca imagine cómo el aborto cambiaría mi vida, mis proyectos y mis prioridades. Provengo de una familia normal de clase media, con una mamá dedicada al cuidado de sus tres hijas y un papá que trabajaba en forma responsable para nuestra mantención. Si hubo dificultades, éstas eran las propias de los aprietos económicos, pero las sorteábamos de buena manera. De temperamento extrovertido, como la mayoría de los adolescentes, crecí participando en actividades fuera de la casa, primero en el colegio, luego en grupos juveniles políticos y pastorales. Hasta ese momento, era responsable con mi vida y mis pololeos.(enamorados) Casi al cumplir dieciocho años, conocí a quien años después iba a ser mi esposo. Nuestra relación era muy buena, basada en el apoyo y el respeto mutuos. Yo soñaba con llegar a la Universidad y ser Asistente Social. Las injusticias, las desigualdades, la falta de apoyo a los más débiles eran mi motivación.

Mis planes no se dieron como quería. Quedé en la carrera de Pedagogía Básica en la Universidad Católica, en una sede fuera de Santiago. Como la carrera no me gustaba y además significaba estar lejos de mi familia y de mi pololo, mis padres me dieron la posibilidad de no continuar. Poco después, entré a trabajar y fue entonces cuando por primera vez estuve con una mujer que quería abortar. Fui testigo de lo fácil que fue para ella. Había bastado una inyección. Nunca la vi arrepentida ni menos deprimida; al contrario, se la veía feliz.

Dos años más tarde, me puse de novia y al año siguiente nos casamos. Dejé mi trabajo y me dediqué al cuidado del hogar. Nuestros proyectos no eran distintos a los de la mayoría de los recién casados: ahorrar para una casa, un auto y tener hijos. ¿Cuántos?, no más de dos, decía mi marido, por la experiencia de su familia con muchos hermanos y muchas privaciones; y yo, no más de tres, porque éramos tres, y no se veía tan mal, con privaciones, pero nunca tan terribles ni difíciles de superar.

A los seis meses de matrimonio, quede embarazada. Toda la familia estaba feliz, en especial mis padres que serían abuelos por primera vez. Nueve meses después, nació nuestra primera hija. Fue un parto muy difícil, que me trajo serias complicaciones psicológicas y de salud, pero mi hija era sana y esto era todo lo que importaba. Sin embargo, por las mismas dificultades del parto, decidí no tener más hijos. Seguí entonces el consejo del doctor, que me recomendó un dispositivo intrauterino para evitar el embarazo.

Cuando mi hija tenía sólo cinco meses de vida, quede nuevamente embarazada. Se me vino entonces el mundo encima. El dispositivo no había resultado y me aterraba la sola idea de pasar por un nuevo parto. Con el apoyo de mi familia y de mi esposo, las cosas se hicieron más fáciles ya que pude atenderme en una clínica particular para evitar mayor sufrimiento... Todo estuvo perfecto, porque nació un varón. Teníamos la parejita, y con eso ya no era necesario pensar en otro hijo. Di por ello gracias a Dios.

Comenzamos a soñar y a ahorrar para comprar nuestra casa. Ya habíamos adquirido nuestro auto. Meses después, cuando mi hija no cumplía los

tres años ni mi hijo los dos, quede nuevamente embarazada. La noticia me paralizó. Me sentí culpable de darle otra preocupación a mi esposo, porque sabía que tres niños no eran lo que él quería, al menos en ese momento. Reafirmó mi culpabilidad la actitud del médico que me dijo que cómo se me ocurría embarazarme otra vez, y que tres partos en tres años consecutivos no eran buenos para la salud de nadie. Cuando se lo comenté a mi esposo, su reacción no fue de apoyo ni de rechazo. Sólo me pidió que fuera el último embarazo, porque de lo contrario tendríamos dificultades económicas. Como no era algo que le pudiera asegurar, termine por decirle que no tendría este hijo. Él se quedó en silencio, lo que me indicó que no quería el embarazo, y me sentí aún más culpable.

A partir de entonces, mi vida cambió. No quería levantarme por las mañanas, ni menos salir de la casa. Sólo las responsabilidades con mis hijos lograban moverme. Una farmacéutica amiga me facilitó inyecciones, pero no tuvieron resultado. Me imaginaba a mi hijo pidiéndome que no lo abortara. Tenía discusiones con mi esposo por cualquier motivo, un juguete mal puesto, el llanto de un niño, en fin, pero nunca se tocó el tema. Yo hacía todo cuanto creía que debía hacer para no pasar la carga de otro hijo a la familia. Mis padres me apoyaban cualquiera fuera mi decisión, pues creo que no se sentían con derecho a opinar.

Después supe de un doctor y de una clínica. Recuerdo cada palabra del doctor, cada día previo al aborto, las cosas que soñaba, la actitud distante de mi esposo que me hacía sentir aún más culpable de haberlo enfrentado a un embarazo que él no quería o bien no sabía cómo mantener.

Recuerdo lo humillante del trato en la “clínica”. Sentía que no era yo quien pasaba por todo eso, que todo era un mal sueño. Recuerdo los colores de la sala, el olor a humedad, la frazada gris característica de los hospitales. Sentía que a nadie le importaba, que sólo era un producto y que, como madre, no valía nada.

No sé cuál fue el método empleado ni lo quise consultar. Desperté llorando y preguntando por mi hijo. Una mujer que estaba a mi lado

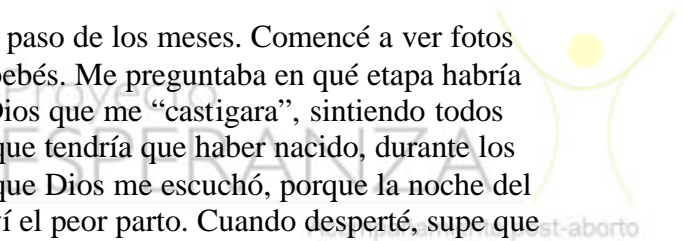
me pidió que no llorara, porque podría tener temperatura y complicar la situación. Me vestí. Mi esposo me fue a recoger. Casi no hablamos. Recuerdo un día nublado de mayo. Ya nada tenía sentido para mí. Me sentía sucia, un estropajo. Sentía que algo me faltaba, y trataba de convencerme de que la decisión había sido correcta. No quería escuchar a nadie que intentara consolarme o que tratara de justificar la situación. Era la peor de las mujeres.

En mi familia, se evitaba el tema. Supe después que algunos nunca estuvieron de acuerdo, pero no opinaron por respeto a mi decisión. Ellos no imaginaban que yo sólo quería que alguien me dijera que no lo hiciera, que sancionara mi actitud y la de mi esposo. Tal vez algo así pudo haber cambiado las cosas. No culpo a nadie, porque nadie más que yo fue la culpable. Definitivamente, fui yo quien se subió a la camilla.

El vacío se acrecentó con el paso de los meses. Comencé a ver fotos de embarazos, a soñar con bebés. Me preguntaba en qué etapa habría estado mi hijo. Le pedía a Dios que me “castigara”, sintiendo todos los dolores del parto el día que tendría que haber nacido, durante los primeros días de enero. Sé que Dios me escuchó, porque la noche del 6 de enero, en un sueño, viví el peor parto. Cuando desperté, supe que mi hijo habría nacido ese día. Desde entonces, todos los 6 de enero sé que él estaría de cumpleaños, tal vez ahora terminando una carrera, igual que sus hermanos.

Me alejé de la iglesia porque, por buscar justificación, también culpaba a Dios. ¿Por qué permitió que me embarazara? ¿Por qué permitió que abortara? ¿Por qué el día que fui a la clínica no hizo que el auto chocara o bien que el medico no apareciera? ¿Por qué permitió mi sufrimiento y el de mi hijo si nos ama tanto? Muchas veces le pregunte, ¿Señor, dónde está mi hijo? ¿Sufre por mi culpa o lo tienes a tu lado?

Debieron pasar cuatro años para que me diera cuenta de que el sentimiento de culpa que llevaba dentro, el peso de mi conciencia y la necesidad de llenar ese vacío que dejó mi hijo, me impedían vivir y preocuparme de mis otros hijos como ellos necesitaban. Cuatro años me costo ser capaz de acercarme a un sacerdote para confesarme. Cuando



tuve el valor, me impactó su acogida y no pude aguantar el llanto. Pensaba que no merecía ser perdonada y buscaba pagar mi delito, pagar por la muerte de mi hijo, pero, por otra parte, quería ser consolada. Nunca olvidaré las palabras del sacerdote. A través de él, sentí el perdón de Dios, pero en ese momento ese perdón no me bastaba. ¿Cómo me perdonaba a mí misma? ¿Cómo sabría que mi hijo me perdonó? ¿Cómo sabría mi hijo cuánto lo necesitaba o cuán arrepentida estaba? Cinco años después, un nuevo embarazo me produjo mucha alegría y me dio la sensación de estar devolviéndole la vida a mi hijo. Pero lo perdí a las pocas semanas. Sentí entonces que Dios me había castigado y que no merecía otro hijo. Ésa fue mi última oportunidad, porque unos tumores uterinos acabaron luego con cualquier posibilidad de embarazo cuando recién tenía treinta y dos años. ¿Cómo podía tener la seguridad de que Dios me había perdonado si me hacía sufrir nuevamente? Alcanzar esa respuesta fue un largo proceso que, en mi caso, duró años, pues el Síndrome Post Aborto no era aún muy conocido. Como penitencia, el sacerdote me había pedido que trabajara para defender a los niños que están por nacer, y así evitar que otra mujer sufriera lo que yo sufría y, de este modo, convirtiera mi dolor y experiencia tan negativos en algo positivo, si se le puede llamar de esa forma. Volví a mi casa con una misión, sin saber por dónde comenzar. Unos meses después, vi en la televisión un anuncio que difundía la labor de una institución de ayuda a las madres en riesgo de aborto, y pensé que ésa sería mi manera de comenzar a pagar mi deuda. Porque así lo sentí, me acerqué y ofrecí mi apoyo. De este modo, conocí a un joven matrimonio, Elizabeth y Raúl, que sería muy importante en mi proceso y hasta el día de hoy. Con su ayuda, asumí la tarea de la prevención del aborto a través de charlas que dictaría a jóvenes y adultos. Me preparé a conciencia en un tema tan controvertido y que pocos quieren enfrentar. En muchas ocasiones, al final de las charlas se nos acercaban mujeres llorando y nos contaban que habían abortado a sus hijos. Todas contaban historias diferentes. En muchos casos, ni siquiera su familia sabía lo que habían hecho, y sólo podían llorar de noche o en silencio, para que nadie lo supiera. Otras mujeres temían el rechazo de



sus esposos si se enteraban de lo que habían vivido antes de conocerlos, y esa pena se hacía cada vez más grande. Era un duelo solitario. Al escuchar a estas mujeres, sabíamos que habíamos abierto una herida profunda y no teníamos cómo acompañarlas en su camino. Comprobé así que mis recuerdos, mis angustias, el sentimiento de vacío y de culpa, el buscar la forma de reparar el daño eran sentimientos comunes a todas las mujeres en mi situación. Es un dolor espiritual, un dolor del alma, no por el método empleado ni por la circunstancia que hubiera llevado al aborto, sino por la necesidad del hijo, de sentirlo, de tocarlo. Elizabeth tuvo la oportunidad de viajar a Estados Unidos, donde conoció el Proyecto Raquel, que consiste en talleres de sanación post aborto. De ese viaje, me trajo una cassette con una Misa por los niños abortados. Conseguí que lo escuchara un sacerdote junto a otras personas a quienes el tema les llegaba mucho. Durante la Misa que dijo luego, el sacerdote nos invitó a darle un nombre a nuestro hijo. Fue una Misa muy hermosa. Por este mismo sacerdote, supe que ellos conocen muy poco el tema del aborto, o bien no saben cómo enfrentarlo. Mientras tanto, me iba encaminando hacia la sanación espiritual que tanto necesitaba y, junto a Elizabeth, nos adentrábamos más y más en el Síndrome Post Aborto.

Aun cuando el sentimiento de dolor, vacío, culpa y arrepentimiento por haber dado muerte a un hijo mediante el aborto es el mismo en todas las mujeres del mundo, unas profesionales nos ayudaron a adecuar a nuestra realidad el manual de atención traído de los Estados Unidos. Así fue naciendo el Proyecto Esperanza.

En ese tiempo, conocí a un medico psiquiatra uruguayo muy calificado en el tema, pues lo había estudiado durante años. Con su ayuda, pude entender mis procesos y la necesidad de superarlos.

Hace ya varios años, tuve que asumir mi vida sola junto a mis hijos. Mi esposo tomó un camino diferente al de esta familia. ¿Motivos? Muchos, pero no puedo desconocer que uno de ellos es secuela del aborto. Mientras yo necesitaba hablar de mi pena, él lo evitaba. Para él, era pasado; para mí, cada día más presente. Comprendí por qué hay tanta falta de caridad, tanto odio, tanta violencia en el mundo

¡Cuánto de la realidad del aborto no estará presente en la vida de quienes se refugian en la violencia, las drogas, el alcohol o las relaciones promiscuas, intentando borrar ese hecho de sus vidas! Gracias a Dios, no forme parte de esa violencia, porque tuve la capacidad de revertir la situación, de volcar lo negativo en positivo y hacerle justicia a la muerte de mi hijo. Lo más cercano a la violencia, fue escribirle una carta al médico que me realizó el aborto, haciéndole ver el daño que hacía. Esta violencia también me asoma a veces en discusiones con mujeres partidarias del aborto, que pretenden hacer creer que no daña o que el Síndrome Post Aborto no existe.

Hoy veo la vida de otra manera. Sé que existe un mañana que me permitirá reencontrarme con mi hijo. Tengo una misión donde quiera que vaya, un apostolado. Mis hijos están grandes, son profesionales y hoy conocen la verdad. No fue fácil. Hace unos años, quise traer a mi casa una imagen de Nuestra Señora de la Visitación que peregrinaba por Chile por la causa de la defensa de la vida, en especial por los niños por nacer. Entonces, me encomendé a Ella para que, como madre, me diera el valor para contarles a mis hijos el secreto que llevaba dentro. Sentía que con mi silencio los traicionaba, y ellos no se lo merecían. No pasaron dos semanas, y la ayuda de la Virgen se reveló a través de un sueño que tuvo mi hijo, un día **6 de enero**.

Él despertó angustiado, pidiéndome que le explicara si yo tenía un secreto, porque en su sueño vio que mis manos se quemaban y yo no les permitía a ellos apagar el fuego, pues les decía que era sólo un problema mío. En el alboroto, despertó también mi hija y se sumó a la pregunta del hermano. Me sentí acorralada, pero me acordé de lo que yo había pedido a la Virgen y, de este modo, mis hijos supieron la verdad: que tuvieron un hermano. Siento también que pudieron entender a esta mamá tan obsesiva con el tema del aborto. Nos abrazamos. Les conté que ese día su hermano estaría cumpliendo diecinueve años... Ellos me dijeron que ahora me valoraban mucho más. Un rato después, mi hijo me abrazó y me dijo al oído: “¡Mamá, descansa de estos diecinueve años. Ahora estamos nosotros contigo!” Y así lo he sentido. Ellos son mi mayor apoyo, a pesar de que no saben que a veces, cuando les llamo

la atención por algo con lo que no estoy de acuerdo, siento que podrían pensar que no tengo derecho a decirles nada, porque los privé de un hermano que tal vez estaría jugando o discutiendo con ellos, o bien tomando parte en cada reunión familiar.

Sé que mi experiencia no sólo cambió mi vida, sino la de mi familia y los amigos que me rodean y apoyan en cada tarea que emprendo, porque entienden mi prioridad. ¿Cómo mi hijo pudo relacionar su sueño con mi secreto? Una vez más, comprendí que no estaba sola.

Hoy trabajo dando charlas a través de una ONG Pro Vida, y paso parte del día en el computador, contestando e-mails y ayudando a mujeres que quieren abortar o que han abortado, no importa del país que sean, porque la angustia no tiene idiomas, ni cultura, ni distancias.

Nunca me cansaré de repetir que el aborto no se justifica en ningún caso. No sólo muere un niño inocente, muere también una parte importante de la mujer, del padre y de la familia de ese niño.

El Proyecto Esperanza no puede restaurar la vida de un hijo, pero puede devolverle a sus padres las ganas de vivir, de sentir al hijo presente y de servir a Dios en esta triste experiencia que marca nuestras vidas para siempre.

El Proyecto nos devuelve la Esperanza en el reencuentro con nuestros hijos que ahora tienen un nombre. Mi hijo se llama Moisés.

Testimonio de una acompañante

Una persona se acerca a la puerta. Me doy cuenta de que viene cabizbaja, su mirada es triste. Apuro el paso y salgo a su encuentro. “¿Eres Miriam?”, pregunto, tratando de mirar esos ojos esquivos que no desean fijarse en los míos. “Sí”, me responde una voz suave, nerviosa, que sale del fondo del alma, como pidiendo permiso. “Soy María Elena, te estaba esperando”, le digo. Su mirada se fija en la mía y comienza a temblar. Le abro mis brazos para que pueda descansar. Siento el peso de su agobio, su pena, el largo caminar-peregrinar que ha realizado para llegar a compartir lo que está en su corazón. “Ven, pasa. Has llegado a casa”. Y su mirada se vuelve dulce-triste, y las facciones de su rostro se relajan.

Ese primer encuentro de alguna forma anticipa lo que será el acompañamiento. Desde ese instante, nuestro caminar se volverá acompasado. Estaremos juntas, conversando del dolor de la partida del hijo, del aborto, de sus sueños de adolescente y cómo se vieron interrumpidos por este eje que marcó un antes y un después en su vida, de sus pesadillas de noche y de su incansable búsqueda de paz cada amanecer de un nuevo día. Seremos caminantes en busca de luz. Podremos detenernos a la vera del camino para tomar aliento y beber de la fuente, o caminar a pasos agigantados si la luz penetra y nos permite ver por dónde quiere el Señor que avancemos. Miriam caminará delante de mí. Yo pondré mis pies junto a los suyos y le podré señalar un trazado, pero es ella quien tiene que decidir si lo toma o no. Yo acompaño.

Cuando comencé a vivir la experiencia de acompañar, no tenía muy claro cómo hacerlo. Tenía sólo ciertas luces que sostenían mi sensación de que Dios me pedía poner mis pies al lado de una mujer o un hombre que sufriera por la pérdida de un hijo abortado. Estas luces eran la capacidad de percibir su dolor, el sentimiento de la profundidad de la Misericordia de Dios, la certeza del sentido de la vida tanto del hijo abortado como de la persona que venía a pedir ayuda, y el don de la



maternidad que el Señor me había regalado.

Mis grandes maestros en el acompañamiento han sido las personas acompañadas. Cada una de ellas me ha enseñado algo nuevo, tanto del dolor, como del consuelo y la esperanza. Cada una de ellas ha sido un misterio del amor de Dios que se acerca a mi vida para decirme que mi existencia tiene sentido si puedo caminar con otros, por otros y para otros, siguiendo las huellas de su Hijo Jesús en su cruz, su muerte y su resurrección. Todas estas etapas de la vida del Señor están presentes en el Proyecto Esperanza.

Uno de los hechos que con más fuerza me remece interiormente al iniciar la experiencia del acompañamiento, es constatar la fuerte influencia que tienen los padres en la decisión de abortar de los jóvenes. Cada vez que las mujeres relatan sus historias de vida antes de abortar, la presencia del padre o de la madre aparece una y otra vez, como un eslabón importante en la decisión, ya sea porque la afectada (acompañanda) no se ha sentido amada plenamente por ellos, o bien porque tiene la vivencia de un amor condicionado a diferentes logros que alcanzar para agradecerles y satisfacer las necesidades que ellos tienen de sus hijos.

Por lo general, ante un embarazo imprevisto, surge el dilema de cómo decírselo a la mamá o al papá. A muchas/os, esta sola idea los paraliza, hace entrar en pánico y oscurece su conciencia. Un día, llegué a mi casa y les dije a mis cuatro hijos que necesitaba decirles algo. Sorprendidos por la premura de esta mamá, me escucharon decirle a cada uno cómo era el amor que le tenía y lo que él significaba para mí. Les dije lo que me había enseñado cada uno, y el reflejo de Dios que trajo a nuestro hogar. Les dije que mi amor era incondicional, y que no tenían que hacer mérito para que los amara, mi amor es. Y les fui diciendo que, si alguna vez en su vida hacían algo grave, no tuvieran miedo en contárnoslo. Como papás, podríamos en un principio enojarnos, pero siempre íbamos a estar disponibles para ayudarlos. Fue un momento familiar que ha quedado en el recuerdo de todos como un paso de Dios en nuestras vidas. Ahora tres de ellos son padres, y puedo contemplar cómo aman a sus hijos.

Otro hecho que me impacta, es el sentido de la vida del bebé que no logró ver la luz del día. Cada uno de esos hijos tiene algo que decir a sus padres. En este caminar, las mamás y los papás van descubriendo el sentido de la vida del hijo y el mensaje de amor que les deja para sus propias vidas y, por qué no decirlo, para que ellos lo entreguen a los demás. Cuando los padres descubren este mensaje, su vida cambia y viene la luz y la esperanza. Ser testigo de ese momento es un privilegio venido de Dios. También lo es experimentar que esas vidas tienen algo que decirnos a todos nosotros. Ellos, los bebés, hacen su trabajo silencioso desde el cielo, y podemos acudir a ellos en los momentos difíciles para que intercedan ante el Padre Dios para que nos ayude. Ellos no quieren que los olvidemos, tienen toda la disponibilidad para ayudarnos a que tengamos alegría, paz y vida.

Durante estos últimos años, he tenido situaciones de mucho dolor, una de ellas es la enfermedad de uno de mis hijos que lo ha tenido con riesgo vital. En esos momentos, les he pedido especialmente a estos bebés que conversen con Jesús y la Virgen, y que puedan ayudarlo. Sé que lo hacen y, en lo personal, me reconfortan y acompañan en mi propio caminar.

Gracias a todas las Miriam que han venido hasta mi puerta.

Gracias a todos los papás que me han dejado acompañarlos en su dolor y me han enseñado cómo sufren los hombres.

Gracias a todos los familiares de las segundas víctimas del aborto, que me han permitido acompañar los procesos familiares que conlleva su drama.

Gracias a la Virgen, que maternalmente va caminando entre Miriam y yo. Ella es la que nos da de beber de la fuente de agua viva: su Hijo Jesús.

M. Elena Kretschmer C.

Al iniciar el Proyecto Esperanza

Soy una madre que quiere sentir el perdón de Dios. Éste es mi testimonio.

Durante el tiempo que llevo en este taller, he sentido mucho el acompañamiento de una persona muy buena. Y he aprendido que lo más importante es no dejar nada guardado en el corazón.

Muchas veces, he sentido deseos de abandonar el taller. No ha sido fácil. He encontrado muchas trabas. Es decir, he recordado episodios de mi vida que en algún momento creí que ya estaban olvidados.

Cuando descubrí por unos amigos el Rosario de los No Nacidos supe que aún no había sanado. Al rezarlo, comencé a recordar el episodio de mi vida supuestamente olvidado, ¡y no era así! Me di cuenta de que en estos diez años han pasado muchas cosas y se me han presentado muchas circunstancias que me recuerdan lo que hice.

Estoy segura de que todos tenemos un llamado, es decir, Dios quiso que pueda sanar totalmente esta decisión que tomé hace diez años para ayudarme a ser mejor persona, y para que pueda ayudar y acompañar a mujeres que se encuentran sufriendo.

En muchos momentos, me sentí muy sola. Sentía que nadie me podía entender, porque no habían vivido lo mismo, pero tuve la gracia de conocer a unas madres que sí lo vivieron y decidieron trabajar y ayudar a quienes tuvimos que tomar aquella decisión.

Mi corazón está sanando. Así lo he sentido. Hubo momentos, durante el taller, en que creí que esa llaga seguiría sangrando, en que tuve que recordar tiempos muy difíciles. Pero aseguro que vale la pena. No debemos tener miedo de enfrentarnos con nuestras miserias. Dios, en su infinita Misericordia, nos acoge y perdona.

Me pongo a pensar si no hubiera conocido a estas personas. Este

encuentro me sucedió en un momento que Dios lo quiso. Era mi momento. Estoy convencida de que todos tenemos un momento especial. Cuando le demuestro a Dios que realmente quiero ser sanada en mi espíritu, en ese momento Él comienza a trabajar mi sanación. Fue así como tomé la decisión de perdonarme a mí misma. Siento que debo exhortar a las madres que todavía no reconocen lo que hicieron, o que lo tienen muy guardadito en su corazón y no quieren reconocer que necesitan una verdadera sanación. Debemos sanar totalmente. Es tiempo de perdón. Y de ser luego un instrumento de Dios para ayudar a otras madres a vivir el dolor tras el aborto.

Madre de Guayaquil, Ecuador.

Carta a mi mamá

Mamá, en estos días he pensado mucho en mis sentimientos hacia ti y tu participación en el aborto. Me doy dolorosamente cuenta de algo que antes ni siquiera me permití pensar: tal vez si tú me hubieses apoyado o sugerido al menos la posibilidad de tener a ese niño, tal vez se hubieran despertado en mí sentimientos, esperanzas y caminos que no logré ver en esos momentos. ¿Por qué, mamá, no lo hiciste y permitiste que cargara con todas estas culpas y miedos todos estos años? Hoy voy viendo con más claridad lo que por tanto tiempo estuvo tan oscuro. Ahora miro hacia atrás y recuerdo cuántas malas contestaciones tuve para ti, o esa rabia contenida por cosas insignificantes, o los comentarios hirientes que solías hacer respecto a cualquier tema y que a mí me producían tanta ofuscación. El no buscarte como el refugio cálido cuando la pena se apodera de mí; el no buscarte como la amiga y confidente, han sido probablemente una forma de demostrarte cuánto te necesité esa vez para darme el consejo correcto, el abrazo oportuno y esperanzador que te he negado también a ti. Es así como hemos ido

cultivando una relación poco demostrativa en cuanto a los afectos, pocas caricias, besos tibios al saludarnos y, sobre todo, el sentirme contagiada con tu mala onda. Cuántas veces he reaccionado igual que tú. ¡Qué agotadora has sido, mamá!

Siempre quise ser distinta, cómplice con los niños, y me he visto haciendo lo mismo que tú, hasta en el querer tomar con mi hija la misma decisión que tomaste por mí hace más de veinte años, y haberla enfrentado a vivir lo mismo que yo he vivido, la dolorosa experiencia del aborto.

Pero no puedo dejar de quererte. Ya estás envejeciendo, y tu postura tantas veces altanera se va desvaneciendo. Eres frágil y necesitas hasta de mi mano para caminar más segura. Siento que prefieres estar en mi casa. Te ves cómoda y tranquila a mi lado. Mamá, yo te quiero y te perdono. Con el correr de los meses en que he participado del Proyecto Esperanza, me voy volviendo menos rencorosa, más relajada y cercana a ti. Si antes sentía tu cercanía como una imposición, hoy me alegro de estar contigo. El tiempo pasa tan rápido, mamá, y debemos aprovecharlo. El bebé de mi hija nacerá y quiero que tú lo regalones. Tal vez ese pequeñito traiga para ti el perdón por lo que hicimos años atrás, esa horrenda complicidad que vivimos hoy podemos revertirla con la alegría de tu bisnieto.

Mamá, qué tranquilidad siento de no experimentar rencor hacia ti. Me veo natural y tranquila, y te he sentido compartir mi dolor de madre por los sufrimientos de mi hija. Eso lo noto y lo valoro.

Mamá, te sigo necesitando en esta nueva etapa que comenzamos a vivir como familia. Ahora sólo le pido a Dios por ti, para que seas capaz de acercarte a Él, no con la mirada que sueles tener como enojada por cuanto nos pasa, sino aceptando confiada que estás en Sus manos, y que todo lo que nos ocurre es por algo.

El domingo pasado mi hija te preguntó por qué no comulgabas en la Misa, y dijiste que no te has confesado desde hace muchos años, y que todavía no es el momento. Yo creo que ya es el momento de pedir perdón y sentirte perdonada. Es tan gratificante para el alma estar en paz, vivir de una manera menos superficial. Mamá, estás a tiempo. Yo sería tan feliz si lo lograras.

Te quiero mucho y no me atrevo a decírtelo de frente...

No es fácil hacer esta carta

No es fácil hacer esta carta. Es cierto que viví todo un proceso de sanación y que he logrado curar mis heridas y darle otro sentido a mi dolor. Me es difícil recordar cómo era antes de que ocurriera todo. Hoy tengo veintiséis años y me es complicado recordar y conectarme con hace unos diez años atrás. Siento que era una adolescente normal cursando primero medio y estaba en un mundo nuevo para mí. Me había cambiado por primera vez del colegio que estaba al frente de mi casa, y era toda una experiencia el salir del lado de mis padres, tener nuevos amigos, nuevos sueños, aspiraciones y grandes proyectos. Y fue así cuando también comencé a pololear. El padre de mi hijo era el segundo pololo que tenía y creí que sería para siempre. Yo tenía quince años y él veinte cuando comenzamos a salir. Lo quería y creía que él también me quería. Pero con el tiempo me di cuenta de que no era así. Llevábamos juntos como un año cuando supe que estaba embarazada. Yo estaba enojada con mi pololo y cuando le conté que estaba embarazada, simplemente respondió que no era suyo el hijo que yo esperaba. El corazón se me rompió. Me faltaban tres meses para cumplir dieciséis años, y sentí que mi vida terminaba. No sabía qué hacer. Lo único que tenía claro era que esperaba un hijo. En las noches, a escondidas, le hablaba a mi hijo y le contaba cuentos como mi papá hacía conmigo cuando era pequeña. Fue difícil, ya que por un lado estaba contenta de estar embarazada y, por el otro, sentía que mi vida se caía a pedazos, con mis sueños y proyectos.

Pasó muy poco tiempo entre que me enteré que estaba embarazada y que mis padres se dieron cuenta. Apenas supe mi embarazo, supe que tenía que cuidarlo. Pedí una hora al médico y fue así como mi mamá se dio cuenta de lo que estaba pasando. Ella me llevo al médico para comprobar que efectivamente estaba embarazada y que tenía poco más

de un mes. Desde ahí, todo pasó tan rápido. Cuando mi papá y mi hermano se enteraron, me retaron, dejaron de hablarme y comenzaron a decidir por mí. Yo no sabía qué hacer. Ellos me comunicaron lo del aborto como la gran opción que me estaban dando y como la única ayuda que me darían. Claro está que lo reafirmaban con las típicas preguntas que no hacían más que agobiarme ¿Qué vas hacer con un hijo a tu edad? No podrás seguir estudiando, tendrás que trabajar, etc. Así era como ellos justificaban el aborto como la única opción, no había otra.

Mi mamá había sido madre soltera y me decía que no quería que sufriera lo que ella había vivido, pero nunca pensó que me estaba haciendo tanto daño. No lo pensó, y cuando llegó ese fatídico día ya estaba todo arreglado. A mí sólo me avisaron el día y la hora donde me tenía que juntar con mi mamá. Mi familia se había preocupado de todo. No me acuerdo de mucho. Tengo vagos recuerdos de cómo andaba vestida, de lo gorda y rubia que era la enfermera que me hizo el aborto, y que mi mamá me acompañó.

Cuando llegamos al lugar, yo sólo le pedía a Dios que algo pasara, que viniera el papá de mi hijo a rescatarnos, que algo impidiera el aborto. Pero nada de eso ocurrió, nada de eso. Sólo me decían lo que tenía que hacer y yo comencé a llorar y le suplicaba a mi mamá que me sacara de ahí, que por favor nos fuéramos. Yo la veía llorar al lado mío, pero no hizo nada. Cuando pasó todo y la enfermera me anestesió, no sentí dolor físico, pero sí sentí que junto con mi hijo me estaban arrancando la vida. Sentí que esa niña inocente, con sueños y proyectos, con ganas de vivir, estaba muriendo también. Cuando todo termino, lo único que quería era morir. Ese día caí en un hoyo oscuro y profundo y más que vivir, comencé a sobrevivir.

Yo no entendía por qué Dios permitió que me pasara todo eso, y comencé a creer que era porque era mala, y así pase muchos años. Cada cosa buena que me pasaba, yo misma me encargaba de alejarla, porque no la merecía. Dejé de creer en el amor y cualquier cosa buena que me llegaba, me encargaba de alejarme de ella lo más pronto posible. De una u otra manera, intenté olvidar lo ocurrido, hacer como si nunca

hubiera pasado, pero fue imposible. Muchas veces me desvelé llorando sin saber por qué y, por más que intentara negarlo, mis peores pesadillas se encargaban de recordármelo.

Así viví muchos años, llevando este duelo por dentro. Cuando conocí a un hombre a quien comencé a querer y en quien pude confiar, también intenté alejarme de él y negar lo que estaba sintiendo. Junto con este hombre, comenzó a estar nuevamente Dios en mi vida y, por esas cosas de la vida que no creo que haya sido una coincidencia, sino como un milagro, escuché por primera vez qué era y qué hacía el Proyecto Esperanza. No puedo mentir y decir que fue algo mágico, que el miedo y el dolor desaparecieron. No. Ya estaba tan acostumbrada a vivir así, que tenía pánico de mirar nuevamente dentro de mí. Volver a reconocer el dolor, volver a sentirlo, me daba terror, y fue con ese temor que comencé un largo proceso de sanación, pero ahora de adentro hacia fuera. Reconocer el dolor y ya no esconderlo, sino reconocer que, a pesar de la muerte, mi hijo tenía un lugar, no conmigo, sino con Dios, y reencontrarme con él y con Dios, pero no con un Dios castigador, sino sanador, que perdona, que ama y enseña a perdonar. Algo dentro de mí revivió y comencé a sentirme como el ave fénix. Sentí que renacía de las cenizas, no como antes, como esa niña de dieciséis años, sino como una mujer de veintidós, con un hijo que tiene un nombre y un lugar dentro de mi corazón y, ése es Felipe. Éste es el nombre que había pensado ponerle cuando naciera, pero como no nació físicamente, nunca lo pude hacer. Y ese nombre había quedado también oculto y guardado dentro de mi corazón. Pero al vivir el proceso de sanación y darme cuenta del gran misterio de amor que tiene Dios, y saber que mi hijo está vivo junto a Él, yo al fin le pude dar su nombre y sentirme por primera vez MADRE. Poder reconocerlo fue lo que me ayudó a sanar. Al recapitular ahora todo lo que he vivido en el Proyecto, me he podido dar cuenta de cuánto ha significado para mí y todo lo que me ha ayudado a sanar mis heridas y a recuperar lo más importante que tiene una persona en la vida: la esperanza de vivir, de creer, de soñar, de amar y de sentirse amada, tanto por uno misma, por los demás, por mi hijo y por el mismo Dios.

Oh, Santo Dios

Oh, Santo Dios, Jesús, Señor.

Tu mano me tocó.

Me amaste a mí, un pecador.

Tu gracia me salvó.

Tu gracia recibí, dulzura y luz.

Yo nunca merecí tanto amor.

Mi vida renació, se iluminó.

De la sombra pasé a la luz.

El poder restaurador de estas palabras me llevó a comprender que existía un Padre y que, a través de este canto, debía comprender lo que me estaba diciendo: que Él había estado siempre a mi lado, acompañándome en la tristeza permanente que experimenté durante quince años; y que era posible ver la luz después de tanto tiempo sumida en la oscuridad.

A la edad de diecinueve años, aborté a mi primer hijo, que hoy lleva el nombre de Juan Andrés. El dolor que este hecho me causó, ha sido la experiencia más traumática que una mujer puede pasar, porque lo que no hacemos conciencia en el momento de tomar tan drástica decisión es que lo que ocurre es el asesinato de nuestro propio hijo con nuestras manos, las manos de quien se supone está para protegerlo, arrullarlo, las manos de su madre. Por tanto, lo que tampoco sabemos es que junto a ese bebé morimos también nosotras.

El recuerdo de ese hijo nos acompañará toda la vida. Experimenté muchas depresiones durante esos quince años. La vida no tenía sentido, a pesar de que durante ese tiempo me casé, tuve dos hijos y logré formar una hermosa familia. Pero seguía faltándome “algo”. Me sentía desvalorizada, aun cuando mi esposo se encargaba de hacerme sentir importante. Me aislaba, me desagradaba tener que relacionarme con otras personas, las fiestas de fin de año me causaban aún más dolor, especialmente la Navidad.

Un dato no menos importante que quisiera destacar en este testimonio es que no profesaba ninguna religión (a diferencia de mi esposo e hijos, pues mi marido es católico y mis hijos estudian en un colegio católico), hasta un momento muy especial que marcó un antes y un después en

mi vida. Sucedió que cuando mi hija menor iba a recibir a Cristo por primera vez en el sacramento de la Comunión, sentí que no era digna de acompañarla. Se lo hice saber al sacerdote, “contándole mi historia de dolor”. Él inmediatamente me acogió. Ésta fue la primera vez, en quince años, que contaba mi secreto.

Como no tenía ningún sacramento, acepté ser bautizada el día antes de la Primera Comunión de mi hija, después que el sacerdote me hizo comprender que existe un Padre que me ama y que me amó siempre; que este Padre era capaz de perdonarme, sólo que yo debía perdonarme primero; y que, a partir de mi Bautismo, me presentaba ante Dios, sin ningún pecado. Éste fue el momento que marcó la diferencia. Luego vino mi propia Primera Comunión con Cristo, que me permitió sentir Su presencia en mí. Fue realmente maravilloso. Mi corazón rebozaba de gozo y alegría. Tal como lo escribí al principio, el canto de perdón que escuché entonces caló mi alma, y hasta el día de hoy no ha dejado de emocionarme.

Desde ese momento, comenzó mi caminar junto al sacerdote que supo ver mi dolor de madre y que se propuso ayudarme a encontrar mi completa sanación. Durante ocho meses, nos reunimos todas las semanas para que yo pudiera escuchar la palabra conciliadora de Dios Padre, conociera el amor misericordioso que da a todo el que quiera recibirlo, y aprendiera a seguirlo, porque es en Él donde encontramos la paz interior, donde llegamos a comprender que Él paga sólo con amor nuestras ingratitudes, que olvida, que perdona, que borra todo pecado y vuelve a creer en nosotros, ¡Qué Maravilla!, ¿verdad? Por esto debemos preguntarnos: ¿Quién más nos ama así? ¿Quién sabe más de nosotros que el que nos creó? En verdad, es maravilloso “sentir” la presencia de aquél que nos conduce y conforta.

Han pasado ya siete años desde esta bella experiencia y he recuperado la alegría de vivir. Fui encontrándole sentido a todo lo que hacía y me convertí en una enamorada de la vida y de todo aquello que me rodeaba. Vivo en una región privilegiada por la naturaleza, por lo que no me canso de dar gracias a Dios por tan bella creación. Me gusta internarme en los bosques, escuchar el ruido del agua, de las aves. Hasta

mis sentidos han despertado.

Pero sentía la necesidad de preguntarme: ¿Qué hago ahora? Creo que los hechos que parecen robarle el sentido a la vida, muchas veces tienen que ver con el sufrimiento y con la muerte, pero lo que no llegamos a comprender es que de ellos nace el hermoso desafío de resurgir, de resucitar a una nueva vida. Desde aquí, me he planteado la urgente necesidad de ayudar a quienes podían estar pasando por una experiencia similar a la mía. Pero mi necesidad no nace del “tener que hacer”, sino que surge del “querer” y del “sentir”. A esto estaba siendo llamada, y es que, a través de mi experiencia, comprendí que tenía un propósito que cumplir, por lo que he hecho de él mi apostolado.

Conocí el Proyecto Esperanza tiempo después de haberme recuperado. Saber que existe una instancia donde sólo se encuentra la acogida, es consolador para todas las mujeres que no tuvieron la oportunidad que tuve de conocer a este sacerdote que tiempo después fue nombrado Obispo de una ciudad del sur de nuestro país, y de quien, por lo tanto, tuve que separarme. Pero, de acuerdo a sus palabras, ya era capaz de seguir caminando junto al Señor y, por esto, su misión conmigo había concluido.

Hoy integro felizmente esta Corporación con toda mi experiencia, que se convirtió en mi más preciado tesoro. De ella, saco las fuerzas para defender la vida del que está por nacer, como también para acompañar a aquellas mujeres que han pasado por la experiencia del aborto, convirtiéndome sólo en el instrumento de escucha que tanto se necesita en momentos de tanto dolor.

No quisiera terminar este testimonio, sin compartir una inmensa alegría que llevo en mi corazón, y es que después de diecisiete años, he sido bendecida por el Señor y colmada de su Espíritu Santo que me ha enviado a mi cuarto hijito, lo que me ha llevado a confirmar que el Señor ha hecho en mí grandes maravillas. Me emociona ser protagonista de tanto milagro, por lo que no me queda más que decir: ¡Gracias, Señor!

Ely.

“A”, de aborto

Testimonio de un hombre

Conocí a una integrante del M.A.V.*
en el odioso trabajo de mostrador
que tuve hasta este verano.

Conversamos.

Vi unas fotos y unos folletos
que ella me mostró.

La fotografía de unos pies
del tamaño de mis uñas,
eran de un niño abortado
a los tres meses de gestación.

Aunque para mí ya era tarde,
esas fotos y esa conversación
las llevo presentes cada día.

Yo aborté. Maté a mi hijo de un mes
el 17 de mayo de 1985.

Un hijo gestado con amor
por un hombre y una mujer
que aún hoy se aman,
pero viven incompletos.

No importan los motivos
por los que tomé esa decisión.

Yo aún lloro a mi hijo
y no sé a qué basurero ir a visitarlo.

Quizá no deba moverme de casa,
y me baste con poner unas
flores en el basural de mi conciencia.

Debí atreverme a ser padre.

Debo ahora arrepentirme
con “A” de aborto;

hoy que nada puedo hacer;
sólo pedirle a Dios

y a mi hijo que me perdonen. * M.A.V. Movimiento Anónimo por la Vida.

Proyecto
ESPERANZA

Acompañamiento post-aborto



Me enamoré

Me enamoré. Nunca había experimentado una sensación así. Yo tenía sólo diecisiete años, no tenía muchos amigos y menos había pololeado. En esa época, me cambié de colegio y ahí se me abrió todo un mundo nuevo donde lo encontré a él. Tenía una gran personalidad, era, en realidad un personaje polémico.

El día en que me embaracé, realmente creía que si me entregaba a él debía ser por completo, y que si con ello llegaba un bebe, mejor aún, porque en realidad yo lo amaba demasiado.

Pero al saber que estaba esperando un hijo, no fui capaz de enfrentarlo. Todos los recuerdos de ser hija de una madre soltera y adolescente vinieron a mí. El recuerdo de ver a mi mamá sufriendo y llorando por mi padre, por no haber recibido ni su apoyo ni su cariño, fue algo que me hizo pensar y creer que este bebe no debía nacer, por mí, por él, pero, más que nada, por mi mamá.

Mi mamá siempre me decía que ella quería algo diferente para mí, que yo no sufriera lo que ella pasó, que yo llegara más lejos que ella y que la gente no me señalara con el dedo, como lo hicieron con ella. Todas esas cosas me hicieron pensar que debía abortar. Bueno, en realidad todo se confirmó cuando le di la noticia a mi mamá y noté un dejo de tranquilidad al decirle que no se preocupara, que yo iba a abortar. Fuimos juntas a la clínica. Ella me dejó allí con el que era mi pololo, y se fue. Después de la “operación”, sé que desperté llorando. Nunca pensé que haría algo así. Nos fuimos juntos a la casa de sus padres, y después me fueron a dejar. Nunca más lo volví a ver. Se alejó porque, según supe, no podía con el peso de su conciencia, y el verme, para él, sólo significaba dolor. Así que lo perdí... Me sentía más sola que nunca. Mi mamá no volvió a tocar el tema y yo tuve que empezar a rehacer mi vida como siempre, cuando en mi cuerpo aún no se pasaban los dolores del aborto, los cuales, para ser sincera, en ciertas ocasiones todavía los siento.

Yo siempre he pensado que mi hijo es hombre y que tiene nombre, un nombre que le puse apenas supe que estaba embarazada, así que saqué la cuenta de cuándo hubiera sido su nacimiento y traté de celebrar

sus cumpleaños. Pero después encontré que esta práctica no me hacía muy bien, y que lo mejor era tratar de olvidar lo que pasó y pensar que nunca fui mamá.

Al final de ese año, Dios, quien yo pensé que me había olvidado y que me haría pagar por mis culpas, me mandó un regalo: ese verano conocí al que sería mi marido.

Empecé una nueva relación, pero ya no con la inocencia, ni con la gracia, ni la alegría que trae un nuevo amor. Trate de empezar a estudiar (debo decir que yo siempre fui una muy buena alumna), pero por esa época me costo dos años retomar mi carrera.

La vida siguió su camino. Si la miro por fuera, diría que nada me faltaba. Terminé de estudiar y posteriormente me casé. Mi marido tenía un buen trabajo, es decir, la plata no era problema y, más encima, él estaba muy enamorado de mí. Pero yo era muy infeliz. Siempre dudé de mi amor por él. No podía olvidar a mi primer pololo, y es más, soñaba continuamente con él, sentía que la vida me trataba injustamente, no estaba contenta conmigo misma y las cosas “malas” que, según yo, me pasaban, eran porque yo no era una persona suficientemente inteligente o, no sé, “linda”, etc. Era muy insegura de mí misma. Resultado: mi marido, que se esforzaba de sobre manera para verme feliz, se declaró con depresión y absolutamente sobrepasado. Él no podía hacerme feliz, sino muy por el contrario, y ya no quería estar conmigo, si no con alguien que se preocupara de él y donde él sintiera que sus esfuerzos eran válidos.

Durante esta crisis matrimonial, me enteré de que mis problemas de infelicidad tenían una causa y que era mi dolor por el hijo perdido, así que me recomendaron el Proyecto Esperanza, al que acudí sin muchas ganas. Pero, como yo no quería perder a mi familia, y además tenía una guagua recién nacida que quería que creciera junto a su padre, los llamé.

Nos juntamos en un lugar precioso, pero, para mi sorpresa, se trataba básicamente de un acompañamiento pastoral. “¿Cómo pastoral, si lo que yo hice está totalmente fuera de lo que dice la iglesia?” fue lo primero que pensé. Me explicaron que la iglesia ayuda siempre y, sobre

todo, a los que nos sentimos tan mal, y que mi vida nunca iba a estar tranquila si yo no reconocía ni trataba mi dolor, ya que éste me estaba dañando por dentro.

Volví a respirar. Me ayudaron a reencontrarme con mi hijo. A pesar de que yo tenía un bebé, no me sentía muy mamá, es decir, en mí la maternidad no estaba o estaba guardada. Después de mi paso por el Proyecto Esperanza, me siento mamá, y no sólo de mi hija, sino de dos niños: una esta acá, pero el otro me acompaña en mi corazón y me ve desde el cielo, porque está en los brazos de Dios.

El proceso en el Proyecto Esperanza no es muy fácil y es lento. Hay que reencontrarse con uno misma, recordar esos momentos difíciles y tratar de comprenderlos, perdonarse uno misma y a los involucrados, sacar todo ese rencor que llevamos dentro, mirarlo, entenderlo y olvidarlo. Por eso es un respirar. Cuando se está llena de dolor y de rabia, se está como apretada por dentro, con el corazón estrujado, y este dolor y rabia salen por los lados equivocados, por lo general, uno se daña a sí misma de distintas maneras.

Entendí que mis sueños recordando a mi antiguo pololo, corresponden a un vínculo que uno creó de falsa manera por el hijo que está perdido, y su padre es lo más cercano a tu bebé.

Con mi historia, lo que les quiero decir es que son muchas las razones por las cuales uno toma la decisión de abortar, pero que nada la justifica y luego de haberlo hecho, no hay vuelta atrás. Es una de las experiencias más duras por las que puede pasar una mujer. Uno piensa que el aborto puede ser la solución a un supuesto problema, pero, en realidad, es sólo el inicio de una ráfaga de dolor, rabia y rencor. Las mujeres somos las más cuestionadas por esto: nos sentimos estigmatizadas, así como mujeres malas, ya que nadie debe ser capaz de matar a su propio hijo. Todas estas sensaciones, todo este dolor, primero hay que reconocerlo y aceptar que el aborto no solucionó tu vida, sino que, por el contrario, sientes más pena que antes. Pero puedes solucionarlo. Existe este Proyecto donde te van a escuchar y te reencontrarás contigo misma y con tu hijo. Te perdonarás e incluso podrás volver a amar.

Muy, pero muy agradecida.

Soy una mujer que abortó en dos oportunidades

Soy una mujer que abortó en dos oportunidades, con más o menos un año de diferencia. Qué difícil decirlo así. La primera vez tenía yo veinte años y mi pareja, aun cuando estaba feliz con el embarazo, no fue capaz de seguir adelante y obedeció a sus padres. En mi caso, mi madre decidió por mí y fue más cómodo. Lo que sufrí antes de decirle a mi mamá que estaba embarazada fue horrendo. Me sentí muy sola y desprotegida. Pensé muchas cosas, como que me iban a echar de la casa, que me insultarían, que no podría soportarlo, que no podría seguir mis estudios y mi futuro sería pésimo, que no podría mantener a mi hijo, en fin. Por eso accedí a su decisión.

Mi madre contactó a un medico dueño de una maternidad, que la apoyó para que yo no mantuviera el embarazo, diciéndole que era muy joven y que no sabía lo que quería. Fue así como ella arregló todo, desde el día y la hora de mi hospitalización, los detalles de mi llegada a la maternidad, hasta la excusa que daríamos a mi papá por no estar yo en casa ese fin de semana. Yo no sabía lo que estaba haciendo ni lo que se me vendría por delante.

Todo fue muy rápido. Estuve en una pieza sola todo el fin de semana.

Mis únicas visitas fueron mi madre y mi pololo. Al despertar, fui muy mal tratada por el anestesista que se dio cuenta de lo que pasó.

La segunda vez que aborté, fue más fácil y más rápido, pero no menos angustiante. Ya habíamos buscado a alguien para que hiciera el aborto, pero fue peor que la primera vez. Todo fue rápido y ambulatorio. Pedí que me anestesiaran, porque no quería sentir nada y tenía mucho miedo, aunque ambas personas eran médicos.

Desperté cuando todo había terminado. Mi pololo estaba afuera esperándome. Salí con dolor físico, pero no puedo negar que con el problema resuelto. Lo que no quiere decir que no me sintiera muy mal anímicamente. Ahora tenía que ocultarlo a todos.

Los años que siguieron fueron muy tristes. Me sentía sumida en un

hoyo profundo y oscuro. Mi vida se transformo y, de la joven alegre y siempre feliz que era, pasé a tener una seriedad de la cual no me había dado cuenta. Me volví agresiva e intolerante. Me alejé por completo de la iglesia y de Dios. Trataba de ocultarme de Él. Sentía que no era merecedora de nada bueno, menos aún de su perdón.

Y así mi vida se convirtió en una tremenda soledad. Constantemente, sentía dolores de cabeza insoportables y había momentos del año en que recordaba lo hecho con más fuerza que antes.

Me casé, pero con los años mi matrimonio se perdió. Ya no quería intimidad con él. En fin, todo se desplomó sin darme cuenta o, mejor dicho, sin que me sintiera capaz de hacer nada por detenerlo. Hasta pensaba que me lo merecía.

Los años que siguieron fueron aún más tristes. Nunca imaginé lo que me tocaría vivir ni lo sombrío y doloroso que sería. El recuerdo de mis hijos muertos por mi mano y por falta de ayuda y comprensión, no dejaba de perseguirme. Tocar el tema era imposible, por lo que traté de meterlo en un cajón de mi conciencia, pero mi horrible crimen siempre reaparecía y no me era posible superarlo, aunque no tenía conciencia de que lo que me pasaba era por eso.

Todo ese tiempo, mantuve una pésima relación con mi madre. Le tenía rabia y no entendía por qué. Para mí era doloroso no estar con ella, pero tampoco soportaba su presencia. Esto me preocupaba muchísimo.

A mis treinta y nueve, Dios me extendió la mano. ¡A mí!, a esta tremenda pecadora. Y así llegué al Proyecto Esperanza, una organización que desconocía, pero que me ofrecía dejar de vivir con esa pena y dolores de cabeza, dejar atrás mi llanto a cambio de una vida distinta, de perdón y reconciliación. Fue así como realicé el proceso completo, con muchas lágrimas, pero que me significó la vida que hoy llevo.

Ahora soy una persona distinta, con ganas de vivir, de hacer grandes cosas. Entre ellas, me he dedicado a acompañar a personas que han pasado por un aborto y han vivido el mismo proceso que yo, dándoles la acogida y la comprensión que sólo alguien que ha pasado por este dolor logra tener.

Me capacité en este hermoso proyecto y ahora le agradezco a Dios

haberme entregado la oportunidad de dar un sentido tan hermoso a mi existencia y, de esta misma manera, darles vida a mis dos queridos hijos.

Mamá.

Soy una mujer que vivió un aborto hace diez años

Testimonio del Ecuador

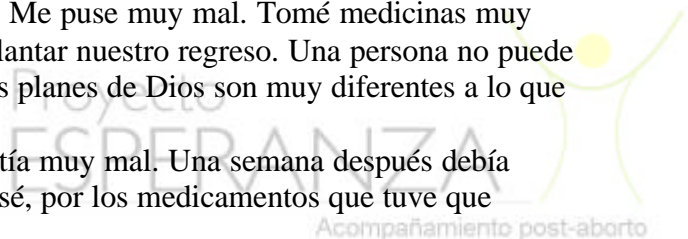
Soy una mujer que vivió un aborto hace diez años. Las circunstancias y el tiempo hicieron que me “olvidara”. Muchas veces uno cree que ha olvidado. No es verdad. Los sentimientos de una madre siempre están ahí. Puede ser que estén dormidos. En los planes de Dios, que son perfectos, nada pasa por casualidad. Ésta es mi historia.

Mi esposo, mi hijo y yo decidimos hacer un viaje de vacaciones a la Sierra de nuestro lindo país. Planificamos todo. En ese tiempo éramos católicos tibios. Ésa es la verdad. Concebir un hijo no estaba en nuestros planes, pues tenía pensado terminar mi carrera y muchos otros proyectos. El problema era que no sabía que estaba con varicela, ya que esta enfermedad tiene un período de incubación. Cuando lo supe, se nos dañó el viaje. Me puse muy mal. Tomé medicinas muy fuertes y tuvimos que adelantar nuestro regreso. Una persona no puede tener todo planificado. Los planes de Dios son muy diferentes a lo que uno planifica.

A nuestro regreso, me sentía muy mal. Una semana después debía menstruar. Se retrasó, pensé, por los medicamentos que tuve que ingerir.

Pasó otra semana y nada... Me hice entonces el examen de embarazo. Estaba embarazada. Sin saberlo, había concebido a mi segundo bebé (Rafael). Fue una noticia tremenda.

En ese tiempo, no tenía un confesor, es decir, un guía espiritual que me aconsejara. Lo que hicimos fue consultar a nuestros médicos de confianza. Ellos me decían que no podía traer al mundo a esa criatura. A mi bebé le decían “producto”. Recuerdo tanto esa palabra. Me llevaron a sus bibliotecas. Pude observar cómo podría nacer mi



bebé. Me dio mucho miedo. Era muy posible que muriera al nacer. Mi vida corría peligro, me decían. Me pedían que lo pensara, me decían que tendría otros hijos, que nadie se iba a hacer cargo de esa criatura enferma, que no teníamos los medio económicos para afrontar lo que nos esperaba...

Estábamos tan abrumados, que decidimos no tener al bebé. Y aborté. No sabía que estaba cometiendo el peor error de mi vida.

¿Por qué no encontré a las personas adecuadas? Dios no me había dado una luz. Los médicos no me daban otra solución que el conocido “aborto terapéutico” que, en otras palabras, es un aborto disfrazado.

Al mes de aquel horror, mi padre se puso muy grave y recordé mi aborto. Lo relacioné y me puse muy mal. Pensé que era un castigo. Era mucha carga para mí. Mi mente y mi corazón estaban sufriendo mucho. Un mes después, caí en una terrible depresión. La vida no tenía sentido, creía que era una mala madre, comencé a encerrarme en mi problema y, poco a poco, me alejé del mundo. Lloraba, porque ya no podía volver atrás... Ya lo había hecho.

Casi pierdo mi matrimonio. Tuvimos una separación. No me sentía comprendida. Mi carácter cambió. Antes era una mujer muy alegre, me encantaba organizar las reuniones de mi familia. Mi vida cambió.

Meses después, recurrí al psiquiatra, porque no podía conciliar el sueño. Fue, como se dice, un paliativo y, como durante un tiempo logré dormir, creí que había olvidado. Cuando uno quiere olvidar un episodio, lo borra de la mente, pero no es posible. Sigue ahí, dormido en el subconsciente. Así me pasó.

Me alejé de la Iglesia, pero, finalmente, me acerqué al confesionario y fui absuelta. Sin embargo, había algo en mi corazón que todavía no superaba, y comenzó mi búsqueda de Dios. Encontré grupos de oración y, por varios años, formé parte de los grupos de Familia de un Movimiento Mariano, siempre con la esperanza de encontrar un camino que me llevara a Dios.

A partir del aborto, mi vida había cambiado. Tratava de olvidar, y comencé a llenarme de actividades. Quería evadir el tema. Me inscribí en cursos de Apologética. Tenía muchas ganas de conocer bien la Biblia

y, sobre todo, llenarme de Dios. ¡Y siempre estuvo a mi lado! ¡Él nunca nos deja!

Mi esposo y yo íbamos creciendo en nuestra fe y en nuestro compromiso con Dios y la Virgen María. Conocí a personas muy importantes que marcaron mi vida. ¡Ahora lo entiendo! Dios manda a las personas indicadas en el momento que uno más las necesita.

Entre esas personas, conocimos a un pequeño grupo que había hecho una peregrinación y trajeron un Rosario muy especial, el Rosario de los No Nacidos. Fue una respuesta a mi búsqueda de tantos años. Cuando tuve en mis manos aquel Rosario, recordé mi aborto y sentí que era el momento de rezar por el alma de mi hijo, que no sabía dónde estaba, y por los niños no nacidos. Esto fue otra respuesta a mis preguntas que años antes no encontraba. Todo está en el plan de Dios. Aprendí a rezar el Rosario Meditado. (¡Qué lindo es cuando una persona lo reza con amor!)

Sin embargo, tuve que pasar por años muy duros para comprender que no me había perdonado a pesar de que me había confesado. Y no me confesé sólo una vez. Lo hice varias veces y con diferentes sacerdotes. Pero en mi corazón sentía que no me había perdonado.

Mi caso fue muy difícil, porque había concebido a mi bebé con una enfermedad muy riesgosa para una madre. Una de las peores enfermedades para una mujer en su período de gestación. El niño podría haber nacido con muchísimos problemas. Hubiera nacido sin un órgano, podría ser un niño paralítico, tener serios problemas en su corazón. Realmente, había sido muy traumática la situación y, en ese tiempo, no estaba preparada para enfrentarme con esa responsabilidad. Lo que más me duele es no haber estado cerca de Dios y de la Virgen María. Ese dolor lo tuve que cargar por mucho tiempo en silencio.

Una buena amiga se embarazó y sentí que el suyo podía ser mi hijo. La vi con su barriguita. Ella, una mujer de más de cuarenta años, y era su octavo hijo, tan tranquila con su embarazo. En ese momento, recordé mi historia de diez años antes. Pensé en lo valiente que era esa mujer. Me acerqué a mi amiga y le sugerí un nombre para el bebé. Me dijo que ese nombre era muy bonito, y me preguntó si quería ser su madrina.

Su embarazo estaba bien. Hasta que se le complicó y el bebé nació dos meses antes de lo esperado. Me sentí tan mal. Me preguntaba por qué no podría nacer aquella criatura que, con tanto amor, sentía que podía ser mi hijo. Lo bautizaron en cuanto nació. No pude asistir al bautizo, porque estaba en la playa, y me acordaba constantemente lo que había vivido diez años antes... Pensaba que el bebé no iba a sobrevivir... Me culpaba por no haber podido estar con él en esos duros momentos... Cuando regresé y me enteré de que ya estaba mejor, me llené de valor y fui a visitarlo. Ahora pienso que Dios permitió todo esto para que abriera los ojos. Tenía que enfrentarme a lo que había hecho diez años antes. Fueron días muy duros. Estaba evadiendo la realidad, y pensaba que si mi hijo hubiera vivido quizás habría sufrido mucho. Llamaba y me decían que el bebé está muy malito. Me decían que parecía que estaba *crucificado* con tantos tubos. Sentía tanto dolor en mi corazón. Ese mismo mes, conocí a una persona muy especial que vino a mi país un congreso pro vida. Dios es tan grande y misericordioso, que la puso en mi camino. Desde el día que la conocí, me di cuenta que debía perdonarme. Y, gracias a su ternura y dedicación, conocí el Proyecto Esperanza y me entregué a Dios.

Comencé mi taller de Perdón y mi vida comenzó a tener otro sentido. Acepté que no me había perdonado. Me costó mucho al principio. Lo importante es que di mi primer paso. Lo más importante es reconocer el error, tratar de rectificarlo.

Todos estos años había estado en la búsqueda. No me sentía con la absolución que el Padre me daba en la Confesión. Sentía que debía encontrar algo para sentirme totalmente sanada: el perdón a mí misma.

Tenía muchos temores. No soportaba ver a una mujer embarazada. Y, cuando veía a un niño con algún problema o discapacidad mental o física, me sentía muy mal, y los recuerdos regresaban a mi mente. Al principio, tuve que escribir unas cartas. Fue difícil recordar. Había tratado de borrar de mi mente todos los momentos por los que pasé cuando decidí abortar. Pero en mi corazón y mi alma quedaban muchos recuerdos. Cuando llegué a la parte del taller “Dios me dio una Luz”

(¿Dónde está mi bebé?), y leí algunos pasajes de la Biblia, supe que Jesús me había perdonado. ¡Era yo la que no me perdonaba!

Entonces, me entregué por completo a Jesús y María. Me di cuenta de que ellos estaban respondiendo a todas mis interrogantes. Debía perdonarme. Es lo más difícil para una madre.

Tuve que refugiarme en la oración. Recurrí mucho a los Sacramentos. Necesitaba mucha fortaleza para seguir adelante con este trabajo que me había propuesto.

Tuve una amiga muy linda que me acompañó en todos los momentos que tuve que recordar. Ella me supo acoger con mucho cariño. Cuando mi amiga me acogía, sentía que había una persona que me entendía y me acompañaba en mi dolor y, a la vez, me ayudaba a seguir adelante. Nunca me dejó sola. Ése era mi peor temor: la soledad de tantos años, no sentirme comprendida. Ella me guió en este caminar. Me enseñó a recordar mi pasado. Y, lo más importante, lo hice con la predisposición de encontrar a mi hijo, y de que naciera ahora en mi corazón.

Éste es el mayor regalo que Dios me ha dado: comprender que mi hijo es mi centro, es decir, ese motorcito que tanto necesitaba para seguir la vida de otra manera. En estos momentos, me siento más fuerte y con la convicción de que Rafaelito vive en mí. Y, sobre todo, me he perdonado, con un perdón de corazón. Dios es tan misericordioso que nos da siempre la oportunidad de cambiar el rumbo de nuestras vidas si nosotros se lo permitimos.

Yo, como una madre que ha sufrido mucho esta pérdida, aconsejo e invito a otras madres que tomaron la decisión de abortar a que sean valientes y entren a este taller.

La vida es otra a partir del perdón. ¡Gracias a la persona que tanto me ayudó! Ahora me siento más fuerte y con ganas de reparar todo esto, ayudando a otras personas que pasaron por este duro dolor.

Mi hijo vive en mi corazón, y me ayuda mucho en esta elección que he hecho: mi apostolado, que consiste en ayudar a las personas que lastimosamente han tenido que pasar por este momento tan doloroso como es el abortar.

Con este taller, he llegado a comprender muchas cosas que antes no

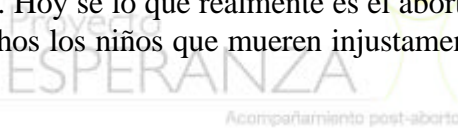
había comprendido. Descubrí el inmenso amor que Dios me tiene, y sé que mi hijo está con Él. Ahora está en brazos de Dios, y viviendo en mi corazón. Ésta es mi fuerza para seguir adelante.

Una madre.

Dios llegó a mi vida y con Él trajo a mi hijo

Dios llegó a mi vida y con Él trajo a mi hijo. Después de doce años puedo vivir y reír sin culpas, con una tranquilidad que a ratos me asusta, pues sé que existirá el día en que lo abraze. El Proyecto Esperanza me trajo la paz perdida, las ganas de vivir y de hacer cosas. Al principio no sabía cómo ellos podrían ayudarme, pero quien me atendió y escuchó sabía lo que yo sentía y eso me dio la confianza de saber que no estaba sola en esto. No olvido la muerte de mi bebé y sé que, aunque no esté presente, siempre seré su mamá. Sentí en mi corazón su nombre, y le puse Catalina. Hoy sé lo que realmente es el aborto y que, como mi hija, son muchos los niños que mueren injustamente.

Edith.



Participar en el Proyecto Esperanza Testimonio de un joven

Participar en el Proyecto Esperanza fue para mí una gran ayuda. Tuve la oportunidad de ingresar sin saber realmente de qué se trataba. Al comienzo, lo tomé como un castigo, por haber sido derivado a él desde la fiscalía pero, a medida que pasaba el tiempo, me di cuenta de que era un regalo.

Es increíble cómo no tenía idea de lo que estaba pasando conmigo después que ocurrió el aborto, ni las consecuencias que podrían ocasionarme o, mejor dicho, que me estaban ya ocasionando los sentimientos que tenía guardados, las culpas, los odios, la inseguridad, el miedo que escondía sin darme cuenta.

Este taller de trabajo personal fue un gran proceso y una gran experiencia que me ha servido para ver la vida de una manera más positiva. Significó reconocer que tengo una hija, lo que también le da significado a mi vida. Significó mejorar mi vida personal, con mi familia y mi polola. Significó comprender por qué hice tal cosa, entenderme a mí mismo, perdonarme y, además, entender que fue una gran equivocación, la cual jamás volvería a cometer. Esto, quien no haya pasado por este proceso de apoyo, no podría decirlo con tanta seguridad. Significó valorar más mi vida y la de los demás. Me ayudó a abrir mis pensamientos y a ponerme en el lugar de otros. Finalmente, lo más importante: sé que tengo una hija que se llama Estefanía, y pienso en ella con amargura, pero también felicidad.

Para mí, algo que jamás se me olvidará fue un proceso llamado “el perdón”, donde, por supuesto, asomó todo el rencor que tenía hacia mi familia, mis amigos, mi polola e, incluso, hacia mí mismo. Con este proceso de sanación, pude liberarme de mis rabias, y esto me ayudó de gran manera a continuar mi vida.

El aborto fue una experiencia que, sin darme cuenta, cambió mi personalidad y la forma que tenía de reaccionar frente a diversas situaciones, y de sentir cosas que no sabía que estaba sintiendo. El Proyecto Esperanza me ayudó a identificarlas.

Para mí, el Proyecto está enfocado a ayudarte. Uno piensa que no lo necesita, pero cuando estás dentro, te das cuenta lo importante que es, que lo que pasó no se puede olvidar y que tienes que aprender a vivir sabiendo que tienes un hijo, y a reconocerlo, y a entender que solo es muy complicado seguir adelante.

Aunque parezca extraño, es un Proyecto dedicado a ti, no a ayudar a otras personas. De ninguna manera es un castigo o una forma de pagar tus pecados, sino un bonito y gran regalo que te dan personas cuyo único interés es cumplir la Voluntad de Dios y ayudar a que puedas recuperarte para que, en adelante, tú puedas tener una mejor vida.

Papá.

Carta al editor

No es fácil vivir toda tu vida con una carga tan pesada que a veces no te deja tiempo para pensar en nada más. No es fácil vivir toda tu vida sintiendo que tienes algo que ocultar. No es fácil sentir que cometiste un crimen y que andas suelta y escondida por la vida. No es fácil dudar de tu ser más próximo, de ser mujer. No es fácil sentirse seca, podrida y muerta por dentro. No es fácil creer que uno no está capacitada para amar. No es fácil el pensar que no se debería estar acá, o que la vida no fue hecha para ti, o que no te corresponde sentir, o que no puedes amar. No es fácil pensar que uno no puede llegar a ser lo que toda mujer es, es decir, ser mamá.

Cuando uno pasa por una experiencia tan traumática como un aborto, algo de uno se muere. El problema es que ese algo es más grande de lo que uno cree, y que ese algo no sólo se muere en ti, sino también en quienes te rodean.

Victima de un aborto en recuperación
y aprendiendo a ser mamá.

Un niño vive en mí

Muchos caminos llevan a una mujer a optar por el aborto. Esos caminos se ven muy cerrados, oscuros. En un comienzo, no hay una luz, una palabra amiga, una esperanza... Pero esa decisión pesará toda la vida. Día tras día, ese momento regresa, aplastándonos como una cruel realidad.

¿Cómo volver atrás para hacerlo todo bien? ¿Cómo tener esa claridad, cuando se es prácticamente una niña, para no llevar, hasta el fin de los días, este peso inmenso del rostro nunca conocido, de la sonrisa transparente del niño que no vivió?

Hoy, que han transcurrido los años desde que no supe elegir la opción correcta, les pido a las mujeres que nos detengamos a reflexionar, que

seamos capaces de esperar con el corazón unos instantes antes de optar por algo tan terrible y definitivo. Démonos la oportunidad. Aún estamos a tiempo para pensar en esas pequeñas vidas que son parte nuestra y que podrían llenar tantos momentos de añoranzas, de culpas, de rabia, a cambio de la alegría, la paz interior y la plenitud que todas nos merecemos. Dios nos regala la vida. Nosotras no podemos decidir por Él. Somos tan imperfectas, pero aún hay tiempo para que ese niño realmente viva en tantas mujeres que ven tan sólo caminos oscuros y sin salida. Hay otras alternativas. La misma vida nos mostrará nuevos y luminosos caminos; tal vez con la pareja, o solas con el bebé o, por qué no, darlo en adopción para que otra familia pueda gozar la alegría de un hijo. Las alternativas existen, sólo que no las hemos logrado ver. Un niño vive en mí. No conozco su rostro. Nunca lo vi reír, llorar, decir mamá, jugar... Ustedes aún pueden sentir, amar, gozar lo que yo no logré jamás... Por falta de valor. Por no haber sido capaz de decir que no, y por haber adelantado mi vida.

Tan tempranamente inicié mi vida sexual que perdí mi niñez. Pude disfrutar tanto, y no me lo permití. Mis amigas gozaban de la vida juvenil, y yo había vivido tanto, llevaba sobre mí la dolorosa experiencia del aborto que, como una sombra negra, me ha acompañado todos estos años. Qué sentimientos de rabia y dolor han formado parte de mi existencia al no haber sido capaz de defender, de proteger esa vida que tan poquito tiempo creció en mí. Rabia por la cobardía, por no haber enfrentado con valentía mi embarazo, por haberle fallado a Dios y a mis creencias, a mis padres y a los valores inculcados en mi niñez. Rabia por mi falta de claridad y esperanzas, por no haber encontrado caminos, ni buscado a personas que me hubiesen orientado de otra forma. Creo que todo ha hecho de mí una mujer insegura, dependiente, poco valorada ante mis propios ojos. Si muchos intervinieron en el aborto, yo fui, sin duda, a mis diecisiete años, la principal culpable. Culpa que he arrastrado por tanto tiempo, tantas noches en que he vuelto a vivir la pesadilla de aquel día, el miedo al castigo y la falta de perdón que entonces no me permití. Rabia por nunca haber conocido el rostro de ese inocente hijo mío.

Testimonio de vida nueva

Me piden que hable sobre el Proyecto Esperanza y cómo éste ha cambiado mi vida. Antes de conocerlo, vivía en una constante angustia, en una añoranza de ese hijo que no nació, y con una enorme culpabilidad. Era tan niña cuando eso pasó. Apenas diecisiete años. Hoy han transcurrido treinta años y, después de haber hecho una revisión (que duró casi un año) de los momentos vividos, de los sentimientos experimentados, de los miedos, culpas, de las personas que estuvieron a mi lado, de los lugares e incluso los aromas... he encontrado el perdón tan anhelado, lo he sentido verdadero, y eso ha ido llenando de paz mi corazón.

Este perdón me ha permitido acercarme a Dios de una manera renovada, mirándolo nuevamente a los ojos y sintiéndolo como un padre amoroso y no como ese ser castigador que acompañó mis años de juventud. Llegué al Santuario de Schoenstatt para quedarme. Fui atraída de una manera fuerte, casual y sutil, como sólo la Mater sabe hacerlo. Y aquí encontré esta luz de acompañamiento para mujeres como yo. Se llama Proyecto Esperanza. No pudo tener mejor nombre si se transforma en esa esperanza que tanto buscamos quienes hemos vivido la terrible experiencia del aborto. Aquí me encontré rodeada de una tranquilidad que me permitió ir abriendo el corazón, dejando al descubierto todo lo que mi alma buscaba desde hace tantos años. Me reencontré, mejor dicho, conocí a mí hijo por primera vez. Pude imaginar su rostro, dedicarle mi tiempo, sin miedo, sin culpas, buscando su perdón de angelito. Pude acunarlo en mi mente, buscarle un nombre y un lugar en mi casa y en mi corazón. Toda la etapa de acompañamiento y dedicación que Elizabeth tuvo conmigo, no tendría vida para pagarla. Ella me ayudó a descubrir que aún podía sentirme una buena persona y que, a pesar de lo terrible que había hecho, Dios tiene siempre una mano generosa tendida hacia mí, para perdonar, acoger y consolar, para amarme y mostrarme que mi hijo está en un lugar junto a Él, que ama tanto a los niños, esperando que yo llegue y pueda abrazarlo.

José Pablo se llama. Ese nombre le di. Ahora puedo nombrarlo en mis oraciones, en mis pensamientos y en mí corazón.

El haber pasado por el Proyecto Esperanza ha hecho definitivamente de mí una mejor persona, más feliz, más dispuesta también a aceptar, a perdonar, a confiar. A través de esta experiencia, he podido también encontrarme con Dios en la Comunión. Antes, no me sentía merecedora de tanto honor. Hoy, cada domingo me encuentro con Él, y esa relación íntima me enriquece, me fortalece, me hace tanto bien.

El Santuario ha sido el lugar físico que me acogió, me dio la calma, me tranquilizó. Recorrer sus jardines me permite reflexionar, conversar con Dios y la Mater, rezar, conectarme con este Padre bueno, con mi hijo, y sentirme parte también de una comunidad, de una familia que me mira con cariño, que me brinda una cálida sonrisa sin siquiera conocerme. También esta experiencia me ha permitido acercar a mi familia al Santuario y ser parte de estos encuentros cada domingo.

Gracias, mil veces gracias, Dios mío, por haberme escogido a mí, pecadora como soy, para poder tener una maravillosa experiencia de vida nueva, una oportunidad para comenzar de nuevo a los cuarenta y seis años, completando una etapa de mi vida que estaba llena de dolor, culpabilidad y sin sentido, para transformarla en una existencia renovada y positiva, donde la presencia de mi primer hijo me ha colmado y me ha hecho ser una mejor madre para mis otros hijos, sus hermanos.

Hoy puedo decirle a otras mujeres que, como yo, se vieron envueltas en el doloroso camino del aborto, que siempre habrá un consuelo, un perdón del Padre que tanto nos ama, un alivio, un encuentro amoroso con el hijo y con la fe que estuvo perdida, si verdaderamente hay en nosotros arrepentimiento y si buscamos ese perdón con todo el corazón.

Testimonios del Perú

“La cantidad de casos dramáticos que he ido conociendo por la consejería en mi consultorio, me ha hecho ver que hay una gran necesidad de este servicio. Ojalá pronto sean muchos más los centros (sedes) donde pueda llevarse el acompañamiento. Creo que el Proyecto Esperanza es una bendición”.

José Gómez - Médico
Tacna, Perú.

“Mi Padre... Pensé que todo estaba perdido y yo estaba condenada a la desdicha, al llanto y al dolor. Puedo sentir nuevamente tu amor y tu protección. Puedo saber que escuchas lo que te pido y que me amas, aunque me equivoqué y maté un hijo tuyo. Ahora te pido me ayudes a salvar a muchos”.

Carmen (23) Puno, Perú.

“No es fácil aceptar que una rápida decisión daña a tu familia y a la mujer que amas. Hemos caminado un camino de dolores, angustias y peleas por mucho tiempo pero, gracias a Dios, hay personas tan buenas que nos han dado su tiempo y amor para permitirnos regresar al Padre y ser una pareja que podrá sobrellevar la pena desde otra perspectiva. Conocemos la Misericordia de Dios y nos comprometemos a defender la vida”.

Luis (56) Arequipa, Perú.

Acompañamiento post-aborto

“Hijito mío, nunca te tuve entre mis brazos y eso me consumía cada día. Saber que te maté era un dolor que me mataba a mí también, pero lo que más me aterrorizaba es que no estuvieras en el cielo, pues no te bauticé. Sin embargo, ahora sé que estás con Jesús y esperas que yo enmiende aquí en la tierra mi error, y podamos estar juntos en la eternidad, gracias al Proyecto Esperanza”.

Katty (37) Arequipa, Perú.

“Hoy estuve recordando lo mal que he vivido, si eso puede llamarse vida. Cuánto dolor y cuánta agresión. Mis pobres hijos, ¡tanto que los he maltratado!, y es que tanta rabia y rencor no habían podido salir antes de mí. Ahora ya me desahogué, y me bañé en tu Misericordia, mi Dios. Quiero vivir en ti para poder reparar todo el daño que los míos han sufrido por mi causa”.

Elena (48)

Arequipa, Perú.

“Pensé que no terminaría mi carrera. Estaba alcoholizado todo el tiempo, y ella se intentó suicidar. La culpa era muy grande y todos me lo recordaban. Hasta a la cárcel pensé que iría a parar. Por un milagro, me dieron este teléfono y, desde aquel día, voy respirando mejor. Creo que nunca me dejaste, Dios. Te pido perdón porque te fallé. Pero yo voy a ser ahora tu mejor soldado, y muchos niños serán salvados”.

(21)

Arequipa, Perú.

Todos tenemos un gran anhelo de felicidad, y su búsqueda permanente muchas veces nos produce como intranquilidad, hasta que la encontramos e identificamos como la verdadera.

Yo no soy la excepción. Desde mi profesión, me preguntaba cómo responder a este llamado, si a veces sentía temblar mi corazón al ver la situación de este mundo.

Soy una mujer casada, enfermera de profesión que, por mucho tiempo, vivió anhelando fusionar su trabajo con la fe. Dios me mostró su amor infinito y misericordioso, dándole vida a mi vientre estéril en dos oportunidades, en la segunda, incluso con la presión por un aborto terapéutico. Soy madre de dos hermosas hijas.

Cuando me convocaron para darle vida a un centro de Reconciliación Post Aborto, me dije: “Ahora, mi Dios, es ahora y ésta es tu voz, ésta tu misión.” Cuánto Amor Divino. Para enviarme a la misión, quiso primero que yo experimentase el don de la maternidad, y luego, la amenaza contra la vida de nuestro hijo.

De la mano de Dios, el curso de capacitación para proporcionarle

ayuda a las segundas víctimas del aborto, se dirigió principalmente a los profesionales de la salud, y tuvo gran acogida en nuestra ciudad y en las regiones vecinas.

Terminada la capacitación y hecho el compromiso de ser Apóstoles de la Vida, el primer mes de labor atendimos a cuarenta y dos personas necesitadas de nuestra ayuda. Para el tercer mes, casi todos los Acompañantes llevaban un acompañamiento, y muchos hasta dos o tres (118 acompañamientos).

Sentía una responsabilidad inmensa sobre mis hombros. Tenía que alentar a mis hermanos Acompañantes para que siguieran adelante. Además, era un voluntariado. Las claves eran el amor y la oración. Ahora, después de un año y medio de labor, me doy cuenta de que Él nunca me ha abandonado. Hemos ido creciendo en servicios orientados hacia la prevención así como también la unificación de carismas pues, en Proyecto Esperanza, nos reunimos legionarios, carismáticos, catecúmenos, dominicos, carmelitas, sodalicios, franciscanos. Es la Iglesia que ama, celebra y defiende la vida, la vida naciente, aquella amenazada y la fracturada.

Agradezco a Dios y a mi amado esposo, que en este apostolado es mi compañero más valioso, a la Universidad Católica San Pablo, gestora y promotora de este apostolado, pero muy especialmente a mi madre, Margarita, que me dio el ser.

Soy feliz. Encontré mi realización en el servicio, sirviendo a aquellos que traen la vida a cuestas y que, muchas veces, ya no creen en nada. Créanme que no hay paga más grande que la de ver sonreír nuevamente, ver sentirse amado a un hermano nuestro. Es como si volviese a nacer y, en su gratitud, busca enmendar su error con mucha sinceridad. Es el pródigo que busca ser sólo el criado, pero Dios lo levanta. Con las personas reconciliadas, me atrevo a afirmar, podemos contar siempre. Alguna vez me preguntaron: ¿no te cansa? Y yo les digo, cómo va a cansar andar de fiesta en fiesta. Cada acompañamiento terminado es una fiesta. Cada joven que opta por la pureza es otra. Cada mujer que se instruye en los métodos naturales, cada varón que reconoce su participación en la experiencia del aborto, cada llamada, cada mirada

de agradecimiento, cada beso y abrazo, ver feliz a tu hermano, es tu verdadera felicidad. Cuando llego a mi casa, siempre hay un cuento nuevo que contar, y saberte servidor de otros te compromete más al servicio de los tuyos. Hasta en eso es sabio Dios.

Nunca dudes en comprometerte por la Vida. Da lo mejor de ti. Da tus fuerzas, tu inteligencia, tus medios, lo que tengas, pues éste es el primer don, el mayor y el fundamental.

Neldy Mendoza Flores
CEP 34297
Coordinadora Proyecto Esperanza, Perú.

Acoger y acompañar al encuentro con Dios

Hace diecisiete años que estoy en el Santuario de la Mater en La Florida y, a través de Elizabeth, he tenido la posibilidad de integrarme a ayudar en este proceso de recuperación o renovación de las personas que han perdido un hijo por el aborto y están dañadas por ello. He podido asesorar espiritualmente siete experiencias de acompañamiento.

De estas experiencias, me ha llamado la atención la búsqueda del hijo que llevan a cabo estas personas. Con esta búsqueda, generamos una instancia de resignificación y oración que culmina en una liturgia muy emotiva que ellas mismas preparan. Me sorprende ver cómo estas mujeres se abren totalmente a la Gracia de Dios, a la Gracia del perdón de Dios, que es muy fuerte, y también a la Gracia del reencuentro con su hijo. Un hijo al que necesitan dar una identidad para reconocer el sentido profundo de su dolor y ofrecerlo a Dios, y al que ponen un nombre, que significa un encuentro. Ya no se trata del hijo que murió y no está, sino del que se encuentra en el corazón de Dios. Esto me impresionó profundamente.

Me alegra que sea aquí, en el Santuario de la Virgen María, Nuestra Señora Tres Veces Admirable de Schoenstatt, donde se realizaron los primeros encuentros que dieron origen al Proyecto Esperanza. En este Santuario, María está para acoger a las personas que sufren grandes problemas. Está aquí para sanar o ayudar a los que tienen dificultades en su familia, en su trabajo o en el diario vivir. Al recordar la emoción y la paz anhelada, reflejadas en el rostro de las jóvenes en el momento de la liturgia, pienso que, desde aquí, María quiere impulsar una gran labor.

También recuerdo, con profunda impresión, la vivencia de la reconciliación y del perdón con la persona que las acompaña y que, en algunos casos, fue quien presionó para el aborto, o quien no pudo ayudar o negó la ayuda. Era emocionante asistir a ese momento de reencuentro de corazones pendiente por años.

Creo que esta experiencia es muy importante, porque abre una nueva perspectiva para ayudar a las personas que sufren después de un aborto y para generar una oportunidad de sanar vínculos y heridas. Ésta es una instancia de acompañamiento pastoral en que la persona comparte, desde su soledad y su dolor, el profundo daño del aborto y recibe la necesaria acogida. Todo los casos le hacen ver a uno más en profundidad la misión del sacerdote que ayuda a unir al hombre con Dios, y le acerca a la Virgen, a la Virgen Madre que ha sufrido también mucho por los dolores de su Hijo Jesús que se entregó en la Cruz por el perdón de todos los pecados. Eso es muy importante.

Padre Jaime Ochagavía, padres de Schoenstatt,
Santuario de Bellavista de La Florida.

Mi compartir de sacerdote en este camino pastoral

Habría mucho que compartir acerca del servicio que, como sacerdote, puedo prestar al Proyecto Esperanza y lo que he recibido de él. Mucho queda, también, en el silencio, el respeto y la prudencia de un camino de reconciliación y perdón con Dios, con uno mismo, con una vida que no pudo nacer y con las personas que han formado parte de la vida de alguien que, en un instante trágico, no encontró la seguridad, la tranquilidad, el apoyo y la claridad para saber qué hacer y a quién recurrir.

Podríamos escribir mucho acerca del aborto y sus nefastos argumentos, sin embargo, lo que este proyecto busca es sanar sus dolorosas consecuencias, especialmente en la mujer cuyos brazos, cuyo vientre, cuya historia quedaron vacíos. Un vacío difícil de llenar, pero que Dios asume no sólo porque toda vida es acogida por Él sino, y mucho más, porque Él se hace cargo del dolor de quien lo padece.

Acoger, repasar la historia, dar un nombre, purificar, limpiar, unir y abrir un camino de esperanza para quien, en lo más profundo de su

corazón, se siente y descubre herido, es el esfuerzo de este proyecto, de todas sus etapas y de las personas involucradas. Aunque paradójico, se descubre cómo la Providencia Divina, capaz de transformar un mal en bien, sale el encuentro de este “pecado tan duro” para manifestar y expresar su amor sanador, la fuerza de su perdón y el liberador camino de reconciliación y reparación. Se trata de dimensiones ajenas a cualquier posición política, ideológica y sanitaria, que buscan justificar el aborto al amparo de las libertades individuales.

Si nos atreviéramos a conocer al menos una arista de la profunda herida que el aborto deja en el corazón humano y la magnitud del perdón que sana, no habría tanta superficialidad en quienes se enfrentan a este problema desde la tribuna y no desde el escenario donde se juega la más dolorosa de las batallas: la vida, y donde se manifiesta el mayor los triunfos de Dios: la historia.

Padre Juan Pablo Rovegno M., padres de Schoenstatt,
Santuario de Bellavista de La Florida.

El duelo que...duele

El tema del aborto provocado puede ser analizado desde varios puntos de vista: médico, jurídico, social, moral, psicológico, etc. Estas líneas lo abordarán desde la perspectiva del proceso de duelo que debe enfrentar la persona que ha experimentado este tipo particular de pérdida.

¿Qué es el duelo?

El duelo es la reacción natural ante la pérdida de un ser querido o de un objeto equivalente. Es un proceso que puede dividirse en etapas o fases sucesivas –hasta doce, dicen algunos profesionales–, sin embargo, independiente del número de etapas y, aun cuando es difícil anticipar la reacción de cada persona ante la pérdida de un ser querido, pues se trata de un proceso intransferible, que varía entre familias, culturas, sociedades, el duelo está marcado por la aparición de problemas de salud física o psicológica asociados a él.

El ser humano manifiesta su duelo principalmente a nivel de los sentimientos -tristeza, enojo, culpa, ansiedad, soledad, impotencia, insensibilidad, etc.-, de las sensaciones físicas -vacío en el estómago, opresión en el pecho, falta de aire, hipersensibilidad al ruido, debilidad física, sequedad de la boca, etc.-, de las cogniciones -incredulidad, confusión, preocupación, sentido de presencia, alucinaciones- y de las conductas -trastornos del sueño, trastornos alimentarios, conductas distraídas, aislamiento social, hiperactividad, llanto, etc.-.

Cuando el duelo no se elabora de forma correcta, en algunos casos quien lo experimenta puede llegar a sentirse desbordado y recurrir a conductas desadaptativas, o bien, puede permanecer inmóvil sin lograr avanzar hacia la resolución del proceso.

La sana elaboración del duelo depende de muchos factores. Entre ellos, de la manera cómo tuvo lugar la pérdida, de su significado, de los sentimientos que provocó en los dolientes, de los recursos psicológicos y espirituales con los que se cuenta, del apoyo social, de la calidad de las relaciones de ayuda que se reciben, del entrenamiento en el arte de

perder y separarse, etc.

El duelo por un aborto provocado

El aborto provocado es una situación de la que es difícil hablar y que se desearía olvidar. Tras el aborto, se experimenta una sensación de alivio, ya que aparentemente se ha resuelto un problema. Sin embargo, el precio de este “alivio” se pagará el resto de la vida. Al tiempo, hasta años después, y gatillada incluso por una situación de pérdida diferente a la originada por el aborto, la mujer que abortó mostrará una sintomatología que muchos especialistas llaman Síndrome Post Aborto. Ésta se caracteriza por una pérdida del interés en otras personas, la disminución de la capacidad de concentración en el trabajo o en los estudios, fuertes alteraciones de conducta, trastornos alimenticios y del sueño, y hasta comportamientos autodestructivos.

Estos síntomas de ninguna manera son puramente emotivos y pasajeros, sino que, por el contrario, su fundamento real es la decisión de dar muerte a un hijo, un ser humano indefenso sobre el que se tenía la responsabilidad de la maternidad/paternidad. Al ser una pérdida provocada por la misma mujer, la culpa que ella experimenta es enorme.

Ayudar a sanar las heridas

A menudo, la decisión de abortar se toma con precipitación y bajo una fuerte presión psicológica. Normalmente, la mujer no se atreve a compartir esta difícil situación, y vive todo en el más profundo secreto. Al no contar con el apoyo emocional de la familia y de los amigos, vive también la etapa post aborto en la misma soledad. Todo lo aguanta sola, hasta que explota. Es, en este momento, cuando ya se observan algunos síntomas depresivos.

Por este motivo, la mejor manera de acompañar a las mujeres que han abortado es acogéndolas y derivándolas a un especialista con quien paralelamente puedan trabajar en profundidad el tema de la culpa, el perdón y la autoestima.

El acompañamiento de la persona que está pasando por esta experiencia de duelo, también debe ser activo. Si la mujer reconoce la necesidad

de hablar de su(s) experiencia(s) abortiva(s), y decide hacerlo, es aconsejable pedirle que narre aquellos detalles que la ayudarán a verbalizar lo que siente y que muy posiblemente le cuesta expresar: cómo quedó embarazada, cuándo se dio cuenta de que lo estaba, qué pensaba sobre el bebé en desarrollo, si lo personificaba, si ya se sentía encariñada con él, cómo y por qué decidió abortar, etc. Este tipo de conversaciones puede ayudarla a valorar la realidad de la pérdida, pues sólo dimensionándola, es posible elaborar el duelo de manera efectiva. Sólo viviendo adecuadamente este proceso, la mujer podrá llegar a su buena conclusión, y logrará experimentar los cambios positivos que le permitirán seguir avanzando y le devolverán la esperanza y el sentido de la vida. En suma, logrará sanar sus heridas.

Todas las heridas, incluso las más grandes y dolorosas, pueden ser sanadas, pero se necesita tiempo. Como otros duelos, el que se vive después de un aborto también necesita tiempo. Sin embargo, el ser humano vive cada día más apurado, se vuelve cada vez más impaciente y no está dispuesto a esperar. Todo lo quiere de manera inmediata.

Existe el riesgo de que esta misma actitud acompañe a la persona en duelo, llevándola a preguntarse: ¿Cuándo terminará todo esto?

No existen respuestas definitivas a la pregunta de cuánto tiempo dura el proceso de duelo, menos tratándose de una situación de aborto. Son muchos los factores que intervienen y, en general, puede decirse que la intensidad y duración del duelo varían según la edad, el sexo, las circunstancias de la pérdida y la relación con el fallecido, así como la experiencia de duelos previos y la personalidad de cada doliente.

Algunos especialistas hablan de seis meses, o de uno y hasta de tres años. Depende de cada persona.

Sí es importante saber que la elaboración del duelo se parece al proceso de cicatrización de una herida después de una intervención quirúrgica.

Al comienzo, no podemos tocarla, sufrimos, nos duele, pero, con el tiempo la herida va sanando, podemos tocarla e, incluso, ya no sentimos dolor. El tiempo de cicatrización depende de la profundidad de la herida, del tratamiento y de los cuidados que se le brinde. Sin embargo, la cicatriz queda para siempre.

Importancia del Sacramento de la Confesión en la situación de aborto

La Confesión tiene una doble dimensión, sacramental y psicológica, y ambas están estrechamente unidas. Muchas personas se acercan al confesor para poder confiar sus secretos sin que nadie más se entere. Necesitan sentirse escuchadas, expresar sus sentimientos y, de alguna manera, liberarse de algún peso en su conciencia. Sin embargo, la confesión de los pecados no se puede limitar a un simple intento de liberación psicológica, aun cuando corresponde a la legítima y natural necesidad, propia del corazón humano, de abrirnos los unos hacia los otros.

La Confesión es un acto litúrgico, solemne por su dramática naturaleza, pero humilde y sobrio en la grandeza de su significado. Es el acto del pecador que se convierte, el acto del hijo pródigo que regresa a la casa de su padre que le sale a su encuentro y le da la bienvenida con el beso de paz y un verdadero banquete. Es un acto de honradez y valentía. La acción de entregarse, a pesar del pecado, a la Misericordia de Dios que perdona, porque ama, es un acto de profunda confianza.

La mujer que se ha provocado un aborto, tal vez ha visitado a muchos terapeutas y consejeros, quienes pueden haberla ayudado de diversas maneras, pero no poseen la autoridad de asegurarle el perdón y la paz de Dios. Para ella, la Confesión es particularmente crucial. Este Sacramento no sustituye a la terapia, ni la terapia al Sacramento, pero ambos se orientan hacia la meta común que es la curación emocional, corporal, psicológica y espiritual de la mujer.

El ser humano es muy complejo. Su ser está constituido por una serie de elementos como el alma, el intelecto, la psiquis, la memoria, la conciencia, etc., que deben ser considerados cuando una persona confiesa el pecado de aborto. Una Confesión sincera y completa es la base de la sanación post aborto. La Confesión nos acerca a Dios y reestablece los lazos de amor que han sido rotos por el pecado.

Sin embargo, cuando una mujer toma verdadera conciencia del crimen que ha cometido, y que el hijo que ha matado no era sólo parte de

su propio cuerpo, sino un ser humano con todas sus potencialidades, llamado a la vida libre y plena, queda espiritualmente herida y emocionalmente deshecha. Por este motivo, cuando después de una Confesión sincera, el sacerdote le dice: “Yo le absuelvo de sus pecados. Vaya en paz”, muchas mujeres no se van en paz. ¡Cuántas mujeres confiesan diez, veinte, cincuenta veces el pecado de aborto, por el cual ya fueron absueltas en confesiones anteriores! Y no es porque no crean en la gracia real del Sacramento recibido, sino porque se dan cuenta de lo grave de la situación y les cuesta creer que Dios las pueda perdonar después de un acto tan brutal. Incluso, si logran quedarse en paz con Dios, no pueden estarlo consigo mismas. Seguramente, necesitarán varios encuentros con el sacerdote, tomando su tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido.

Por otro lado, el sacerdote debe tratar de entender el estado del alma de la mujer. Necesariamente debe tomar la actitud que tuvo Cristo frente a la mujer adúltera o frente a la Samaritana, acogéndola y acompañándola para que se reubique en el camino de Dios. Por lo tanto, es difícil que el duelo que se vive después de haber abortado pueda “solucionarse” en un sola confesión. Probablemente, la mujer necesitará ser acompañada espiritualmente, y que se le otorguen las condiciones y recursos suficientes para vivir su proceso de sanación. Aún cuando existen sacerdotes de profesión psicólogos o psiquiatras, la mayoría no lo son y, por lo tanto, necesitan desarrollar también las cualidades de estos profesionales para cumplir cabalmente con lo que su ministerio les pide y a lo que están llamados por vocación: ser pastores preocupados por cada una de las ovejas de su rebaño, que acompañen a los hombres y mujeres en todas las situaciones y circunstancias de la vida.

Para poder ayudar eficazmente a la mujer en el proceso post aborto, será necesario que el sacerdote conozca detalladamente las etapas de su duelo. Para lograrlo, debe darse el tiempo necesario para escuchar todos los detalles de las confidencias de la mujer, ya que ellos revelarán su estado espiritual, psíquico y anímico.

En cada Confesión, la contrición -es decir, rechazar clara y decididamente

el pecado cometido, reconocer que hemos ofendido a Dios que nos ama tanto y resolvernos no volver a caer- es el principio y el centro de la conversión y de la reconciliación con Dios.

La verdadera contrición es extremadamente liberadora, porque otorga la gracia de volver a Dios y vuelve más fácil aceptar su Amor. Para muchas mujeres quebrantadas por un aborto, la contrición las ha liberado y han podido perdonarse y aceptarse, tras años de odiarse y auto despreciarse.

La penitencia (llamada también satisfacción), que normalmente es indicada por el sacerdote al final de la Confesión, y llevada a cabo por el penitente como reparación por sus pecados, es importante al concluir el proceso de sanación en una situación de aborto. La penitencia debe ser una tarea significativa que le permita a la mujer hacer algo en favor de la vida, renunciando terminantemente la muerte. Por ejemplo, adoptar espiritualmente a un niño por nacer, donar sangre, visitar hogares de niños abandonados, rezar por las mujeres que guardan en su corazón la intención de abortar, etc. Aun cuando en el caso del aborto no es posible reparar el daño, una buena penitencia puede ayudar a purificar nuestro pasado, a orientar nuestro futuro y a vivir en plenitud nuestro presente.

Conclusión

Creado para amar y ser amado, el ser humano vive su vocación marcado por alegrías y esperanzas, dificultades, penas y dolores. Sumergido en la inmensidad del misterio de la vida, inexorablemente debe enfrentarse con el misterio de la muerte. Sin duda, el aborto es una de las páginas más oscuras que escribe el hombre en el libro de la humanidad, pues es una muerte provocada, decidida. Es la decisión que se tomó por otro, al que no se le dio la oportunidad de ver la luz del mundo. Por lo tanto, es necesario hacer todo cuanto sea posible para evitar el aborto y, si esto no se puede, nuestra obligación es rezar por esos bebés no nacidos, pero también por aquellos padres que han cometido este gran error y que, indudablemente, son otras víctimas de esta situación tan dolorosa. Es de suma importancia tener en cuenta que para que estas “otras

víctimas” salgan adelante, precisan de recursos humanos, espirituales y técnicos. Ellas necesitan sentir que no están ni volverán a estar solas; que hay personas que, sin hacer juicio alguno de la situación, estarán dispuestas a valorarlas, a apoyarlas y a entregarles cariño incondicional.

Ayudarse mutuamente, caminando juntos por los caminos de la vida, es hacer de este mundo un lugar más fraterno, más humano. Si sabemos acompañarnos en este valle de lágrimas, sabremos llegar a las verdes praderas de la felicidad eterna. Y haremos vida estas palabras: “No te apartes de los que lloran, sufre con los que tienen pena.” (Siracides 9, 34).

Padre Marcos Burzawa msf



Secuelas psicológicas del aborto provocado

Introducción

El estudio de las secuelas psicológicas del aborto provocado, genera diversas controversias. Es común que se atribuyan sesgos morales, ideológicos y dificultades metodológicas a las investigaciones clínicas que analizan el tema, a lo cual se agrega, con frecuencia, un cierto desinterés al plantearse si el aborto, como acontecimiento vital o acontecimiento traumático, pudiera causar algún tipo de secuela psicológica.

En relación a la posibilidad de clasificar al aborto provocado como un acontecimiento vital, la clásica escala para cuantificar el nivel de stress¹ que generan los diversos acontecimientos de la vida (también denominados *life events*), no lo incluye, aun cuando sí incorpora situaciones que, a primera vista, resultan de menor importancia como, por ejemplo, citaciones por violación a las leyes del tránsito o cambios de domicilio.

En relación a la segunda alternativa, es decir, a la posibilidad de clasificar al aborto provocado como un acontecimientos traumático y, por tanto, capaz de generar un Trastorno por Stress Agudo o un Trastorno por Stress Post Traumático, llama la atención que los autores tampoco lo citen, más aún cuando al *acontecimiento traumático* se lo define como aquella situación en que “la persona ha experimentado, presenciado o le han explicado uno o más acontecimientos caracterizados por muertes o amenazas para su integridad física o la de los demás”.²

1.-Holmes, T. & Rahe, H., The Social Readjustment Rating Scale; Jour. of Psychosomatic Research, 11: 213-218, 1967.

2.-Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales, DSM – IV.

La realidad anterior entronca con el hecho de que el aborto provocado no es tema de conversación frecuente entre colegas del área de la salud mental, ni se lo encuentra en los textos académicos en que se forman generaciones enteras de psicólogos y psiquiatras.

Por otra parte, la experiencia clínica enseña que la paciente, sólo de

manera extraordinaria si es que alguna vez, visita al psiquiatra o psicólogo, planteando por motivo de consulta el haber abortado. Ni siquiera es frecuente que la paciente, en el curso de las sucesivas entrevistas, explicita de modo espontáneo el haberse realizado un aborto. Incluso cuando el psiquiatra o psicólogo consulte abiertamente por un aborto provocado, con frecuencia sucede que la mujer lo oculta –pudiendo reconocerlo más tarde– o, sencillamente, aun reconociéndolo, preferiría no *tocar* el tema. Asimismo, la experiencia muestra que el aborto provocado, cuando sale a luz en el diálogo paciente-psicoterapeuta, es un tema delicado de abordar y de difícil manejo.

Estas razones en parte explican por qué muchos colegas afirman, desde su experiencia clínica y con toda sinceridad, que el aborto no es un dato relevante en la salud mental de las mujeres.

Sin exagerar, se puede entonces afirmar que las posibles secuelas psíquicas del aborto provocado han sido casi desconocidas por el mundo académico y, salvo excepciones, omitidas en el ejercicio clínico en el área de la salud mental. Es como si en este tema la ciencia perdiera su proverbial objetividad, cediendo su rigor a factores humanos de otro orden (quizás debido a posturas personales, prejuicios de orden ideológico, etc.). Sin embargo, el psicólogo o psiquiatra receptivo al tema, puede formarse un criterio válido a partir de los relatos clínicos de sus pacientes, como de la lectura de publicaciones científicas que, por su rigor metodológico, difícilmente podrá pasar por alto.

Como un aporte a la formación de este criterio, el presente artículo entrega una breve reseña de la literatura especializada y de la experiencia clínica del autor. De este modo, quisiéramos mostrar que al aborto provocado no se lo puede mirar en menos. Cuando se lo explora y se lo coteja –de ser confirmado– con la historia clínica de la paciente, arroja importantes luces en relación a su padecimiento psíquico. Habrá, por tanto, que evaluar *caso a caso*, y evitar adoptar posturas *a priori* que sesgan una imparcial evaluación clínica.

I. Breve referencia a las secuelas psicológicas del aborto provocado en la literatura científica.

Las investigaciones científicas sobre las consecuencias del aborto provocado son susceptibles de lecturas dispares.³ Aún así, en general, coinciden en describir las secuelas psicológicas en la línea depresiva, de la culpa y de la angustia. La reciente literatura no hace sino confirmarlo.⁴ En países con una matriz cultural y religiosa diferente a la occidental, como el Japón,⁵ se han observado las mismas consecuencias.

Asimismo, las investigaciones coinciden en mostrar que la pareja de la mujer que aborta, con significativa frecuencia presenta algún grado

3.-Rogers, J., Stoms, G., Phifer, J., Psychological Impact of Abortion: Methodological and Outcomes Summary of Empirical Research between 1966 and 1988; Health Care For Women International, 1989; 10:347-376.

4.-Cogle, J., Reardon, D., Coleman, P., Depression associated with abortion and childbirth: a long-term analysis of the NLSY cohort; Med. Sci Monit. , 2003; 9 (4): CR157-164.

Gissler, M., Hemminki, E., Lonnqvist, J., Suicides after pregnancy in Finland, 1987-94: register linkage study; B.M.J. , 1996; 313: 1431-1434 (7 December).

Cogle, J., Reardon, D., Coleman, P., Generalized anxiety following unintended pregnancies resolved through childbirth and abortion: a cohort study of the 1995 National Survey of Family Growth, Jour. of Anxiety Disorders, 19 (2005), 137-142.

Reardon, D., Ney, P., & col., Deaths associated with pregnancy outcome: a record linkage study of low income women, South. Med. J. Aug; 95(8): 834-41.

Reardon, D., Coleman, P., Cogle, J., Substance use associated with unintended pregnancy outcomes in the National Longitudinal Survey of Youth, Am. J. Drug Alcohol Abuse, 2004 May; 30(2): 369-83.

5.-Hayasaka, Y., Toda, H., Japan's 22 Year Experience with a Liberal Abortion Law; Marriage & Family Newsletter, vol. 4, N° 5,6; may-june, 1973.

de patología mental,⁶ que va desde una patología neurótica hasta problemas de carácter.

Desde la experiencia clínica, es posible afirmar que si bien no todas las mujeres son igualmente afectadas por el aborto,⁷ un porcentaje significativo presenta trastornos psíquicos post aborto, llegando a necesitar internación psiquiátrica.⁸ Desde esta perspectiva, el aborto no es tratamiento para ninguna enfermedad psiquiátrica –como algunos han llegado a plantear–. Por otra parte, no hemos hallado investigaciones clínicas que concluyan que el aborto provocado, en el largo plazo, sea inocuo o beneficioso para la salud mental de la mujer. Si el aborto es defendido por algunas personas como un procedimiento médico-científico, su valor ha de ser probado científicamente. Por el

contrario, de modo creciente y paulatino los estudios sobre el tema se van librando de prejuicios y posturas científicamente no validadas, para mostrar la magnitud del drama humano que se oculta tras una cortina de silencio.

En relación a abortos múltiples, estudios muestran que las mujeres con abortos repetidos presentan algún grado de desajuste mental previo. 9

Para una revisión de la literatura científica, aconsejamos que el lector se 6.-Ottonson, Jan-Otto, Legal Abortion in Sweden: Thirty Years' Experience; J. Biosoc. Sci., 1971; 3, 173-192.

7.-Donde sí hay mayor consenso entre los autores es en el hecho que las mujeres más vulnerables a padecer secuelas por un aborto provocado, son aquellas con patología mental previa. Este dato, por lo demás evidente clínicamente, ha sido reseñado oficialmente por la O.M.S.: "Las mujeres para quienes el aborto legal es considerado justificado por razones psiquiátricas, son quienes tienen el más alto riesgo de trastornos psiquiátricos posteriores al aborto", "No hay ninguna duda que la interrupción de un embarazo (léase: aborto) puede presentar una psiconeurosis o aún reacciones psicóticas, en individuos susceptibles" (Cfr. Technical Report Series, N° 461, 1970). (Desconocemos la existencia de ningún trabajo que desmienta esta observación).

8.-Rasmussen, D. , Holst, E., Postpartum and Postabortion Psychotic Reactions, Family Planning Perspectives, 13 (2), 88-91, Mar.-Apr. /1981.

Reardon, D. , Cogle, J., Rue, V., Ney, Ph.; Psychiatric admissions of low-income women following abortion and childbirth; CMAJ, May 13, 2003; 168 (10), (Canadian Medical Assoc.).

remita a la página del Elliot Institute, (www.afterabortion.org), donde el tema se reseña extensamente.

II. Secuelas Psicológicas del Aborto reflejadas en la Psicoterapia

Sin embargo, la literatura científica es insuficiente para apreciar de manera acabada las secuelas psicológicas del aborto, y deja un *sabor a poco*, sobre todo si se la coteja con lo que el terapeuta observa en el curso de una psicoterapia.¹⁰ Las publicaciones proporcionan datos y cifras valiosos, pero anónimos. No se intuye en ellos la verdadera trama psicológica y el sufrimiento emocional que padecen las mujeres y que al psicoterapeuta le es dado vislumbrar en su dolorosa magnitud.

Como una manera de ilustrar este sufrimiento psicológico, transcribo las afirmaciones relevantes que muchas mujeres han manifestado en el curso de su psicoterapia.

a) En la línea del aplanamiento del horizonte de vida o sensación de un futuro desolador

“Nada bueno puedo esperar para mi vida”.

“No merezco nada bueno para mi vida”.

“Ya todo está perdido”.

“Yo acabé con mi única oportunidad”.

“Yo ya fui”.

“Si no me importó hacer *eso* –abortar–, ya nada me importa”.

“No me merezco progresar en la vida”.

9.-Tornbom, M., Moller, A., Repeat Abortion: a qualitative study, J. Psychosom. Obstet and Gynaecol. 1999 Mar; 20 (1): 21-30.

10.-El autor practica la Psicoterapia Simbólica. Con el recurso de este instrumento psicoterapéutico ha hallado los efectos que describe más adelante.

b) En la línea de la culpa

“Dios me está pasando la factura por lo que hice”.

“Excedí los límites de la libertad”-

“Soy lo peor”.

“Soy una arrastrada”.

“Nunca me lo voy a perdonar”.

c) En la línea de la imagen de sí, de la autoestima y del sentimiento de extrañeza consigo misma

“No entiendo cómo llegué a hacerlo”.

“Si fui capaz de eso –abortar–, soy capaz de cualquier cosa”.

“Nada peor me puede suceder”.

“Me siento vacía”.

“Después del aborto, me desconocí a mí misma, no era la persona que yo pensaba”.

d) En la línea de la nostalgia profunda por lo que pudo haber sido y ya nunca será

“Es hermosa, qué lindas son las guaguas”.

“Cómo hubiese sido si la hubiese tenido”.

“Ese niño tiene aproximadamente la edad del que yo hubiese tenido”.

“Cuando abrazo a mi nieta, abrazo al hijo que nunca tuve”.

Las citas anteriores muestran que un embarazo no deseado no

necesariamente se transformará en un hijo no deseado. Esa añoranza

y fantasías de cómo hubiese sido el hijo y las reacciones de aniversario (es decir, los síntomas de angustia y depresión que se presentan en la fecha del aborto y en la fecha estimada de parto), entre otros síntomas, revelan que, *en alguna parte íntima*, la mujer anheló profundamente haber continuado con el embarazo.

e) **En la línea del rencor y resentimiento contra la pareja**

“Los hombres me cagaron, ahora me los voy a cagar a ellos”.

“Te crees Dios, el que decide sobre la vida y la muerte”.

“Te sientes tan machito ahora, y cuando tuviste que serlo realmente, te corriste”.

“Es tanta la rabia que le tengo a NN (su ex pareja) que no puedo avanzar en la vida”.

“Ver al padre de mi hijo abortado es lo que más recuerdos me trae del aborto”.

“Cuando me enojaba con él por cualquier estupidez, en el fondo era por eso, el aborto”.

f) **En la línea de la angustia/depresión**

“Con este dolor, más vale matarme”.

“Me duele vivir”.

“Estoy acabada desde el día que acepté abortar”.

“Ya no valgo nada”.

“No le sirvo a nadie”.

g) **En la línea de la toma de la decisión de abortar**

“Elegí al hijo como quien elige fruta en la feria, ésta sí, ésta no”.

“Hijos sin amor, ni loca”.

“Siento que no me hice la libertad para evitarlo. Me reprocho no haber tenido la fuerza para decir: ¡¡no, no voy a abortar!!”

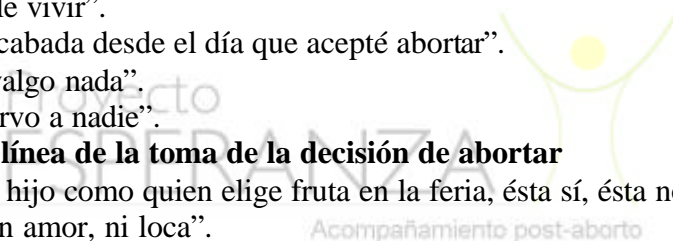
“Me preocupaba cómo iba a cambiar mi vida con una guagua”.

“No puedo hacerme cargo de una guagua en este momento de mi vida”.

“Tengo problemas con mi pareja”.

“Tenía que evitar ser madre soltera”.

“Fue una decisión *contra el tiempo*, no me podía demorar mucho en pensarlo”.



A la luz de las afirmaciones anteriores –verdaderos diálogos internos–, que clarifican tantos padecimientos clínicos de las mujeres, difícilmente el médico puede dejar de plantearse cómo será el curso de vida y la evolución clínica de la paciente. Culpa, depresión, intentos de autoeliminación, pesadillas, ruptura de vínculos, disfunción sexual, angustia y ansiedad, embotamiento afectivo, reacciones de aniversario, temores ginecológicos, conductas reparatorias, alcohol. Todos estos síntomas y signos los he podido constatar en mi práctica privada en relación al aborto provocado.

III. Secuelas del Aborto Provocado y la Psicología Femenina

Hay que recordar además dos características esenciales de la psicología femenina: por una parte, el hecho de que *la mujer difícilmente olvida*; y, por otra, que su vida afectiva gira en torno a los vínculos humanos. Desde esta perspectiva, el aborto es todo lo contrario al psiquismo natural femenino. El aborto provocado es la negación del vínculo, la negación del afecto debido al hijo. Y esto, la mujer difícilmente lo supera.

Transcribo algunas notas y cartas de pacientes que han abortado, donde evidencian esta herida en su ser íntimo de mujer:

a) “Hijo, hoy tengo treinta y dos años, siete años más de los que tenía cuando decidí que no conocieras la luz, que no tuvieras esperanzas ni ilusiones. Siete años desde que negué el poder mirar tus ojos y tenerte dormido entre mis brazos, peinar tu cabello o calmar tu llanto.

Hijo, ¡¡perdóname!! porque no supe lo que era negarte a ti la vida, con ello se extinguió también la mía.

Quiero que sepas que, aun cuando mi vientre se encuentre estéril y vacío, tú sigues y seguirás siendo mío. Sólo pido estar juntos un día, darte ese abrazo negado, y hoy el más ansiado, mirar tus ojos y saber que me has perdonado”.

(Dueña de casa).

b) “Sólo tengo ánimo para llorar, qué ironía;

es alguien que muere, alguien que no sabemos ni sabremos nunca cómo es. Es alguien que muere, y lo único que se sabe de él es que nadie lo quiere, nadie quiere que exista, ni siquiera los que lo hemos creado.

¿Puede acaso el hombre ser tan cruel?

¿Cómo es el hombre capaz de crear algo con “*amor*”, para después destruirlo con indiferencia?

Ya sé por qué lloro. No soy indiferente, no puedo serlo”.

(Joven universitaria).

c) “Amiga, sé cómo te sientes. Aunque no fue fácil, todo parecía solucionarse cuando en medio de aquellas circunstancias creíste dar fin a tu problema. El no saber qué hacer, la confusión, el miedo, y hasta la influencia de otros te llevaron a hacerlo sin mucho pensar. Todo así parecía ser más fácil. Ahora la confusión pasó, ya no te ves envuelta en “circunstancias”. Sin embargo, no te sientes bien. Es como si la confusión se adueñara nuevamente de ti. Estás angustiada, no encuentras razón a tus miedos, hasta lloras y no sabes por qué. Todo es muy extraño. Te sientes sola, como si faltara un pedazo muy grande de ti. Estás mal contigo misma. Te sientes invadida por un sentimiento de culpa que parece no dejarte en paz.

Sé que cuando piensas en aquel montón de circunstancias que no dejaron venir tu hijo al mundo, experimentas todos estos sentimientos. Ahora, necesitas ayuda, piénsalo”.

(Nota escrita por una joven universitaria que había abortado, a una amiga que recientemente abortó).

d) “¿Por qué lo hice? No lo sé. Creo haber sido mejor amante que mujer y madre. A partir de este día, tendré que cargar por siempre esta culpa, esta duda y este vacío que siento hoy. Todo lo que siempre quise, se perdió en mi vida. No quiero llorar más por esto, ni quiero tampoco pensar en lo mejor que pudo haber sido mi vida. Sólo sé hoy que lo que hice no lo puedo cambiar, pero sí arrepentirme y cargar con esta cruz por el resto de mi vida”.

(Joven universitaria).

f) “Esta soledad me está dejando cada vez más fría, más vieja, más pobre, más débil. Creo que estoy pagando por el pecado que cometí hace un año. Si yo he de pagar con infelicidad, deseo morir. Cuando creí que por fin había encontrado al amor, en realidad encontré el engaño, la traición, la aventura, y la estoy pagando.

Creo que día a día estoy muriendo un poquito más. Parece que me están escurriendo por dentro. Nunca voy a olvidar la cara oculta del amor”.

(Joven universitaria).

g) “Intento preguntarme cómo sería, y no me importa. Sería hermosa como toda guagua, y yo la maté, y hoy la necesito. Hoy lloro por una maternidad imposible, pues ya todo está hecho. No puedo dar vuelta atrás y gritar ¡¡no, mi hijo va a vivir!! No puedo dar vuelta la vida y gritar que voy a ser madre soltera y mi hijo crecerá en mis brazos. Fue allí cuando quedé sola. Ahí murió mi hijo y nació esta soledad profunda que no me abandona haga lo que haga. Fue allí donde se gestó la raíz amarga que siempre me acompaña. Hoy lloro mi cobardía. No viví bien a los veinte, no vivo bien a los treinta y nueve”.

(Dueña de casa).

IV. Psicopatología frecuente de observar en las pacientes que han abortado ¹¹

El aborto provocado brinda a la mujer un alivio inicial, inmediato, pues ella ve así solucionado el atolladero en que estaba metida. ¹² Un embarazo no deseado, en circunstancias imprevistas, que enfrenta a la mujer a una decisión que no quería tomar, urgida por el tiempo, siempre es una situación difícil. El aborto se presenta entonces como una vía de solución. Pero, con el tiempo, surgen secuelas. Desde un punto de vista clínico, éstas se podrían agrupar de la siguiente manera:

- **Síntomas y signos que dicen relación a la culpa.** La sensación de culpa por lo que se hizo y no debió haberse hecho, y las consecuentes conductas reparatorias como, por ejemplo, no tomar analgésicos en el curso de menstruaciones dolorosas, porque “merezo sufrir por lo que hice”, o solicitarle al ginecólogo la extracción del útero, aprovechando la ocasión de una intervención obstétrica porque “no me merezo ser mujer”, o dejar de comer golosinas porque “no me merezo disfrutar de la vida”.
- **Síntomas y signos que dicen relación a una nostalgia profunda por lo que pudo haber sido –tener al hijo– y ya nunca será.** Depresión, angustia, reacciones de aniversario.

- **Conductas en relación a la búsqueda de alivio del dolor.** Alcohol, drogas y, en casos extremos, intentos de suicidio.

- **Síntomas en relación con la autoimagen y sentimientos de extrañeza consigo misma.** Se trata de un sentimiento de *trizadura*

11.-En nuestra experiencia, también hemos observado secuelas psicológicas de un aborto decidido pero no consumado, en aquellas mujeres que, ante el temor de haber quedado embarazadas, aun sin saber si lo están, deciden abortar, es decir, realizan el mismo acto interior que aquéllas que efectivamente abortan. Unas esperan a ver si les llega la regla, otras deciden tomar “algo” para así ni enterarse si estaban o no embarazadas. En todos estos casos, psicológica y moralmente ellas abortaron, y es en virtud de ese acto interior, que ellas padecen signos y síntomas semejantes a los de aquellas mujeres que sí consumaron el aborto.

12.-Son numerosas las publicaciones científicas que reportan “efectos positivos” del aborto dentro del primer trimestre de su realización.

interior, en el que la mujer se debate entre la imagen de sí previa al aborto, y la nueva imagen de sí que se va constituyendo con el tiempo, posterior al aborto.

- **Síntomas y conductas en relación con una visión desoladora del futuro.**

Finalmente, hay que destacar que evaluando retrospectivamente a pacientes con abortos provocados, hemos constatado signos y síntomas de un Trastorno por Stress Post Traumático. 13 Dado que este trastorno no había sido abordado por terapeutas anteriores –pues la mujer lo había ocultado porque sabe que tal sintomatología dice relación al aborto que calla–, no sorprende que su evolución clínica sea a la depresión o a cuadros diversos de angustia. En este sentido, y en coincidencia con otros colegas, 14 la experiencia me ha enseñado que, ante un cuadro depresivo crónico e inexplicable, de inicio poco claro y de evolución tórpida, hay que plantearse un aborto como una de sus posibles causas.

Cotejando mi experiencia clínica con los resultados de investigaciones publicadas, salta a la vista que las metodologías aplicadas en tales estudios no alcanzan la profundidad requerida para poner de manifiesto la real magnitud del drama del aborto, drama que sí se evidencia en el curso de una psicoterapia. Como lógica consecuencia de este contraste, resulta evidente que la real incidencia del aborto a nivel psicológico está infravalorada en la literatura científica.

13.-Gómez Lavín, C., Zapata García, R., Diagnostic categorization of post-abortion syndrome,

Actas Esp. Psiquiatr., 2005 Jul-Aug; 33(4): 267-72.

Rue, V., Coleman, P., Rue, J., Induced abortion and traumatic stress: a preliminary comparison of American and Russian women, Med. Sci. Monit, 2004; 10(10): SR5-16.

14.-Prof. Dr. Rubio, José L., Catedrático de Psicología Médica, Universidad de Valladolid: “Aspectos Psicopatológicos del Aborto”, Marzo/1991. (Informe no publicado)

V. Breve referencia terapéutica

El tratamiento de las secuelas psicológicas del aborto, no es sencillo.

Las más de las veces sus efectos perduran largo tiempo, si es que llegan a cicatrizar.

El terapeuta visualiza los efectos del aborto en dos dimensiones. Por un lado, la dimensión moral, donde se ubica el remordimiento de conciencia por haberse realizado el aborto, es decir, la culpa moral. Por el otro, los efectos psicológicos descritos como consecuencia de una maternidad frustrada. Uno y otro requieren intervenciones diferentes, si bien complementarias.

a) La dimensión moral:

La mujer que ha abortado necesita tomar conciencia y trabajar tres aspectos:

El primero: acercarse al Sacramento del Perdón o Confesión.

El segundo: matizar su culpa personal con la de otros involucrados en su aborto.

El tercero: perdonarse a sí misma y a los otros involucrados.

En el primero –acercarse al Sacramento del Perdón– es donde se verifican los mejores resultados. Ocurre así cuando la mujer decide confesar su falta a un sacerdote, no para excusarse ni para contar *lo que le sucedió*, no para buscar consuelo humano, abriéndose lo justo y necesario para darse a entender, haciendo más énfasis en las circunstancias que la llevaron al aborto que en el “yo pecador”, sino para acusarse abiertamente, reconociendo su falta en el grado de participación que tuvo en los hechos. Afirmaciones como: “la psicoterapia me aclaró las ideas, la confesión me dio paz”, “lo bien que me hizo confesarme, porque siento que tengo una carga menos”, son frecuentes de escuchar cuando la paciente se acerca al sacramento en las disposiciones descritas.

De parte de la mujer, ello supone un conocimiento claro y acertado de lo que es el sacramento, conocimiento que no siempre se verifica.

Respecto al segundo –matizar su culpa personal con la de otros

involucrados en su aborto–, resulta terapéutico que la mujer tome conciencia del grado real de culpa que le toca asumir, dado que las más de las veces no es sólo ella la involucrada en la decisión de abortar. Por otro lado, es importante que tome conciencia de que la angustia, confusión y soledad que sintió a la hora de la decisión pueden atenuar su culpa. En este sentido, cabe plantearse que, en muchos casos, la decisión de abortar es bastante pobre desde el punto de vista de la libertad psicológica. Con todo, siempre habrá un margen irrenunciable de libertad personal, libertad en virtud de la cual se explica su culpa. En tercer y último lugar, otra área a intervenir se presenta cuando la mujer no termina de perdonarse a sí misma ni de perdonar a otros involucrados en su aborto. Es como si la mujer se dijese: “¿cómo **yo** pude hacer eso!”. La serena aceptación –sólo posible con humildad y en el horizonte de la fe– de que “somos vasijas de barro”, imperfectos, débiles, frágiles, pecadores y capaces de cometer cualquier atrocidad, también constituye una etapa importante en el camino de sanación. Respecto del perdonar a otros involucrados, se trata de un largo camino de purificación de resentimientos y rencores.

b) La dimensión psicopatológica:

Si bien la experiencia muestra que la culpa cede luego de una acabada confesión sacramental, permanecen las secuelas afectivas. Para éstas, son posibles diversas intervenciones. A modo de un punteo de ideas, podemos sugerir:

- La intervención psicofarmacológica suele ser necesaria.
- La participación en una actividad o movimiento Pro Vida en orden a reparar la propia culpa.
- El ponerle nombre y pedirle perdón al bebe abortado. Con frecuencia sucede que en un embarazo ulterior, la mujer quiere ponerle a su hijo el nombre que le hubiese puesto al que abortó. Esto debe ser desaconsejado. El mirar al hijo actual, llamándole por el nombre del anterior, genera en la mujer sentimientos encontrados. A la larga y de un modo insensible, estos sentimientos viciarán la relación con el hijo actual, pudiendo generar en éste dificultades psicológicas. El hijo actual es una persona diferente al hijo abortado, no su sustituto.

- Vivir el duelo por el hijo abortado en compañía de una persona competente. Este duelo ha estado contenido durante el tiempo que la mujer se mantuvo en silencio.
- Trabajar las relaciones humanas con quienes estuvieron implicados en su aborto.

Finalmente, cabe destacar que todas estas indicaciones difícilmente pueden realizarse al margen de un proceso paralelo de crecimiento en el orden de la fe. Resulta, por tanto, indispensable un acompañamiento espiritual en todo este proceso de sanación.

Reflexión final

Al reflexionar sobre lo expuesto, las consideraciones posibles son tres, y no se excluyen entre sí:

- a) El aborto produce padecimiento psíquico (es psicopatogénico).
- b) El aborto es signo de un padecimiento psíquico previo en la mujer.
- c) El aborto es signo de un vínculo de pareja conflictivo y de un abandono afectivo y/o efectivo de la mujer. En este sentido, las mujeres que han abortado sienten que viven su drama en una soledad injusta.

Si consideramos el problema del aborto en la línea de la *calidad de vida*, resulta evidente que, por mucho que la mujer que ha abortado se encuentre en condiciones de seguir su vida y sus proyectos “*como si nada hubiese pasado*”, de manera insensible su vida afectiva se va deteriorando. Habrá quienes puedan negar las secuelas psicopatológicas del aborto, pero difícilmente podrán negar que la calidad de vida afectiva de la mujer tiene *un antes y un después* en relación al aborto.

Dr. Pablo Verdier M., Médico-Psiquiatra.
Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile.

El aborto en la legislación chilena

A diferencia de lo que ha ocurrido en las legislaciones de otros países -democráticos y también de corte totalitario-, desde el comienzo de la República la protección del concebido y no nacido constituye un sello distintivo del ordenamiento jurídico en el derecho chileno. Esta situación pone a nuestro país en una posición de privilegio y de responsabilidad, ya que nos obliga a cuidar y a transmitir lo que significa contar con un patrimonio normativo que protege la vida y la dignidad humana desde su concepción.

Esta protección, casi de trinchera, se da hoy en un contexto mundial donde, en las últimas tres décadas del siglo XX, la vigencia del principio rector de respeto a la vida humana más indefensa e inocente sufrió un giro radical. La legislación de distintos países arremetió contra el estatuto jurídico del embrión humano, para dar paso a prácticas abortivas, llamadas también con el eufemismo de “interrupción voluntaria del embarazo”. En este radical cambio, tuvo gran relevancia la penosa sentencia de la Corte Suprema de los Estados Unidos de 1973 (“Rohe v. Wade”), que le reconoció a la mujer, como un derecho, el decidir entre la vida y la muerte de la indefensa criatura que lleva en sus entrañas.

Actualmente, se puede constatar que aquellos países donde el aborto es lícito han debido determinar un límite temporal para que resulte legítimo el ataque contra el embrión. Este límite, por cierto, es absolutamente arbitrario y carente de la más mínima brizna de racionalidad y del más mínimo respeto por la dignidad de la criatura humana. Los partidarios de tan injusto mecanismo, nunca han podido explicar por qué se limita para antes o después la agresión contra la vida humana que se encuentra en el seno materno.

Para dichos países, la modificación al estatuto jurídico del embrión humano significó llevar adelante una profunda reforma a legislaciones que tradicionalmente protegían la vida humana. Este cambio normativo nunca se ha dado en Chile, y es un objetivo fundamental del esfuerzo

que se encuentra implícito en estas páginas el que jamás ocurra. Se conoce muy bien cómo adentrarse en el círculo de muerte que conlleva el aborto, pero, lamentablemente, no se sabe luego cómo salir de él. La sólida protección a la vida desde su concepción, inunda todo nuestro ordenamiento jurídico. Una de las múltiples consecuencias de este patrimonio es el hecho de que nuestro país –a diferencia de lo que intentan hacer creer los partidarios del aborto- posea índices sanitarios aún mejores que la nación más desarrollada de occidente. Desde hace varios años, en Chile no existen registros de muertes maternas a causa de haberse practicado un aborto clandestino. Este argumento sería suficiente para detener cualquier intento de modificación de las leyes ya que, entre otras cosas, éstas no sólo pasarían a condenar a la muerte a niños inocentes, sino que agregarían una causal de muerte en las mujeres chilenas que hoy la estadística ha desterrado.

La protección jurídica de la vida desde su concepción se articula ya en la Constitución de 1980 que consagra, por primera vez en una carta fundamental, el derecho a la vida y a la integridad física y psíquica de las personas (artículo 19 N° 1). Lo anterior no podía ser de otro modo, puesto que la vida humana es la base de los demás derechos y libertades.

El inciso 2° del artículo 19 N° 1 asegura que *“la ley protege la vida del que está por nacer”*, esto es, la vida del embrión o del concebido y no nacido. Esta norma constitucional le reconoce (no le otorga) a la criatura por nacer la calidad de sujeto de derecho en nuestro ordenamiento jurídico.

Complementa lo anterior, la suscripción de pactos internacionales, como la Convención Americana de Derechos Humanos o Pacto de San José de Costa Rica, ratificado por Chile y actualmente vigente.

El artículo 4° N° 1 de esta Convención, señala: *“Toda persona tiene derecho a que se respete su vida. Este derecho estará protegido por la ley y, en general, a partir del momento de la concepción. Nadie puede ser privado de la vida arbitrariamente”*.

La normativa de Derecho Internacional se debe relacionar con el artículo 5° de la Constitución, que impone a los órganos del Estado respetar y

promover los derechos esenciales que emanan de la naturaleza humana, reconocidos por la misma Constitución o por Tratados Internacionales ratificados por Chile y que se encuentran vigentes.

En este orden de cosas, se debe citar el DS. N° 830 (DO: 16 de enero de 1990, RREE), relativo a la Convención de los Derechos del Niño.

El artículo 1° establece que *“niño es todo ser humano menor de dieciocho años de edad”*.

En este tema, el Código Civil contiene una norma ejemplar que demuestra nítidamente la obligación jurídica que pesa sobre nuestros tribunales en la protección jurídica del concebido y no nacido. El artículo 75 del Código de don Andrés Bello no deja dudas sobre el particular cuando dispone que *“la ley protege la vida del que está por nacer. El juez, en consecuencia, tomará, a petición de cualquiera persona o de oficio, todas las providencias que le parezcan convenientes para proteger*

la existencia del no nacido, siempre que de algún modo peligrá”.

Esta regla jurídica es la mejor demostración de que el concebido adquiere derechos incluso antes de que se produzca su existencia civil. Reconocer que el concebido y no nacido es un sujeto digno de protección jurídica apunta, en forma natural, a reconocer el derecho a la vida, único “patrimonio” que a esa altura tiene el embrión humano. Aún antes de la elocuente regla descrita, ya el mismo Código Civil, al definir el concepto de persona (artículo 55), dispone: *“Son personas todos los individuos de la especie humana, cualquiera sea su edad, sexo, estirpe o condición...”* Esta regla contiene un juicio universal en virtud del cual son personas quienes poseen una individualidad y pertenecen a la especie humana, y todo embrión, desde el instante de la concepción, cumple tales requisitos: se trata de individuos distintos de sus madres, que poseen un genoma humano único e irrepetible y, obviamente, pertenecen a la especie humana. En consecuencia, son personas, de ello no hay duda.

Uno de los puntos centrales con relación al abominable crimen del aborto es que hoy, a diferencia de antes -ya que este horrendo crimen ha acompañado al hombre desde siempre-, existen esfuerzos articulados

por querer justificar y hacer pasar este homicidio como un derecho lícito y querido. Al mismo tiempo, se busca escindir y romper el vínculo más cercano y sagrado entre dos individuos: el amor entre la madre y su hijo, buscando que la primera se haga cómplice perpetua del crimen que se busca perpetrar. Es aquí donde el aborto y sus partidarios han querido centrar sus esfuerzos y, para ello, han inundado a la sociedad de propaganda falsa y corruptora, como la del embarazo no deseado, ocultando que lo que desprecian, en realidad, es la misma vida humana en su expresión más inocente.

No obstante nuestra contundente legislación Pro Vida, en muchas ocasiones la maldad del aborto ya ha causado un daño irreparable a sus primeras víctimas: el hijo y la madre. Consciente de ello, el Proyecto Esperanza surge como un real camino de sanación a la herida abierta al interior del vínculo sagrado entre estos primeros afectados.

La pregunta que se hace la mujer que comienza a dimensionar la monstruosidad del acto cometido está resumida en el título del libro: “Señor... ¿dónde está mi hijo?” Creemos fielmente que la única respuesta satisfactoria la encuentra luego que recorre el duro, pero liberador camino hacia el reencuentro con su hijo en los brazos de nuestro Señor. Sólo Él es capaz de recoger y reconstituir los pedazos del hijo abortado; sólo en Él, la madre encuentra el perdón que la libera de la culpa que la persigue y tortura; sólo Él le permite recobrar su condición de madre y comenzar la relación con su hijo en una dimensión extraordinaria y fecunda, la espiritual. Las narraciones recogidas en estas páginas, son un elocuente testimonio del camino de reconciliación y sanación que brota al amparo de nuestra madre y maestra, La Iglesia Católica.

Jorge Reyes Za pata.

Abogado.

Son parte de este equipo:

Adriana Avendaño

Cecilia Cuevas

Elizabeth Bunster

Raúl Díaz

María Elena Krestchmer

Ulrike Baader

Cecilia Bórquez

Cecilia Peña

Silvia Ilabaca

Ivonne Toledo

Ilia Barraza

Patricia Mendoza

Irlanda Baeza

Sandra Farías

Bernardita Suazo

Ana Koppmann

Claudia Gutiérrez

Gabriel González

Carmen Gloria Cruzat

Miryan Escobar

Proyecto
ESPERANZA



Acompañamiento post-aborto

Agradecimiento

Queremos testimoniar nuestro profundo agradecimiento a quienes se han unido a esta labor, capacitándose como voluntarios y entregando desinteresadamente su corazón y su tiempo a la atención y al acompañamiento de quienes tanto los necesitan. Así también, agradecemos a todos los que han trabajado de manera incansable para extender el Proyecto Esperanza.

Margarita Rodríguez

Elisa Montalva

Maria Eugenia Arellano

Andrea Blanco

Rolando Suárez
María Verónica Araneda
Myriam Guajardo
Sara Manríquez
Brígida Silva
Alejandra Herreros
Patricia Saavedra
María Paz Ruiz- Tagle
Polonia Espinosa
Lilian Cartes
María Ester Albornoz
Carmen Palacios
Rodolfo Zúñiga
Marcelo Flores
Sandra González
Mónica Fuenzalida

Somos partidarios de la Vida y llevamos en el pecho una esperanza

